

Reseña de libros

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

The Homeric Hymn to Demeter, edited by N. J. RICHARDSON. Oxford, At the Clarendon Press 1974, XIV + 365 pp.

Dos motivos hacen que nos sintamos jubilosos ante la aparición de esta obra tan importante como necesaria. En primer lugar, porque hacía falta un estudio del *Himno a Deméter* —como la sigue haciendo de cada uno de los otros *Himnos Homéricos*, al menos de los más largos, es decir, *H. a Apolo*, *H. a Hermes* e *H. a Afrodita*— que explorase a fondo, y por separado, el camino iniciado por la siempre valiosa edición conjunta de los *Himnos Homéricos* de Allen-Sikes-Halliday; camino que, sin embargo, en lo que respecta a nuestro *Himno*, por razones obvias de extensión, esta edición ha podido recorrer solamente en parte.

Es cierto que la tentativa de editar por separado el *Himno a Deméter* no es nueva pues ya bastantes años antes que Richardson, incluso siglos antes, la habían acometido Ruhnken en 1782, Mistcherlich en 1787, Voss en 1826, Bücheler en 1869 y, el último, Puntoni en 1896. Pero estas ediciones o bien no tenían comentario o las que sí lo aportaban —solamente las tres primeras— eran excesivamente viejas para poder haber incorporado a él, como ahora lo ha hecho Richardson, todo el espléndido fruto de las investigaciones que, a partir de los geniales descubrimientos de M. Parry sobre la dicción formular, han sido llevadas a cabo en el campo de la antigua poesía griega de composición oral.

Y éste es, precisamente, el segundo motivo de nuestra complacencia por la aparición del libro del universitario de Oxford, a saber, el nuevo enfoque lingüístico y estilístico del comentario en relación con la temprana poesía oral que constituyen los poemas de Homero, los de Hesiodo y los restantes *Himnos*; aspecto en cuyo estudio el autor ha puesto el máximo empeño y al cual dedica el mayor número de páginas.

Este afán por poner en relación los datos lingüísticos y composicionales del *Himno* con el resto de la poesía oral tradicional, que es la nota que caracteriza más obviamente el extenso comentario —sin olvidar el otro gran ingrediente, el análisis del exuberante contenido ritual del *Himno* y su conexión con la religión y el folklore de la Grecia arcaica—, todavía se hace más concreto en los otros dos tercios fundamentales del libro, la Introducción y la lista de paralelos formularios de los poemas de Homero, Hesiodo y demás *Himnos* que acompaña al texto.

De las noventa y dos páginas de que consta la Introducción treinta y dos están dedicadas a analizar: A) Las coincidencias con Homero a nivel de «escenas» (de

las cuales la fraseología que corresponde a las del *Himno* y sus correlativas de la *Odisea* la recoge el Apéndice III, de los cinco que se añaden al final del libro); B) Los rasgos en que el *Himno* coincide con Hesíodo y difiere de la norma homérica en lo referente a: 1. Aspectos nuevos o diversos en el tratamiento de la mitología, 2. Aspectos lingüísticos, 3. Rasgos de estilo en concordancia con Hesíodo y oposición a Homero en el uso de los discursos; parágrafo éste, hay que reconocerlo, exageradamente pobre, que, además, opera con un básico error de perspectiva: no se puede hablar de «estilo hesiódico» sino del estilo de la *Teogonía*, el estilo de *Los Trabajos y los Días*, el estilo del *Escudo*, etc., puesto que cada uno de estos poemas, como muestras de formas de expresión diferentes que son, a saber: la genealógica, la gnómica, la épico-narrativa, etc., presentan también unos rasgos estilísticos y composicionales específicos. El apartado C) da cuenta de ciertas correspondencias formulars entre el *Himno a Deméter* y el *Himno a Afrodita* que pueden ser añadidas al trabajo más amplio de E. Heitsch, *Aphroditehymnus, Aeneas und Homer* (Göttingen 1965); y, finalmente, los apartados D) y E) estudian las características lingüísticas del *Himno* que son peculiares suyas.

Un par de capítulos que siguen investigan características del *Himno* emparentadas si no funcionalmente sí esencialmente con lo lingüístico; ambos vienen a añadir a los capítulos anteriores nuevos testimonios del carácter genuinamente oral del poema y de su estrecha afinidad con las técnicas composicionales de Homero y Hesíodo: el capítulo VI resume los rasgos más notables del estilo e identifica algunos artificios composicionales típicos de la poesía narrativa de creación oral; el VII analiza las características métricas y prosódicas, poniéndolas en relación con los datos homéricos y hesiódicos.

Un fallo que se le puede achacar a toda esta parte de la Introducción que trata de los aspectos lingüísticos, el ser más descriptiva que concluyente, es paliado, en parte, en el Apéndice III, en el cual, a base de aplicar al estudio del *Himno* los métodos que otros estudiosos —Parry, Hoekstra, Edwards— habían empleado para descubrir rasgos de la dicción formular reveladores de una evolución en la historia de la restante poesía oral, se llega a la doble conclusión de que, por una parte, las peculiaridades lingüísticas del *Himno* no pueden ser utilizadas como dato para establecer una cronología de la temprana poesía griega, sino que más bien deben ser consideradas como rasgos distintivos de una rama de la tradición de poesía formular diferente de la que se manifiesta en la *Iliada* y la *Odisea* y en cada uno de los poemas de Hesíodo, y, de otro lado, con respecto al discutido carácter oral del *Himno*, tampoco los detalles de la técnica formular en que el poema parece desviarse de la norma homérica pueden ser aducidos como testimonios de que éste se ha ayudado de la escritura en su composición.

El resto de la Introducción lo componen: un resumen del contenido del *Himno*, un breve capítulo sobre la naturaleza de los *Himnos Homéricos*, otro sobre la fecha y circunstancias de composición del *Himno a Deméter*, otro, mucho más extenso, sobre la relación del *Himno* con los *Misterios* de Eleusis en el intento de reconstruir los orígenes, desarrollo y significado de éstos, más otros cuatro capítulos que, en conjunto, tratan de la tradición manuscrita del *Himno*, su repercusión e influencia en la literatura antigua y la presencia del mito en otras versiones, literarias, locales y, sobre todo, órficas. Se cierra la Introducción con una lista de bibliografía seleccionada.

Además de los Apéndices de contenido lingüístico-estilístico ya mencionados

hay otros dos, el I y el IV, de los cuales el primero intenta identificar los datos arqueológicos del *Himno* con lugares conocidos de la topografía eleusina y el segundo dilucidar la función de la bebida *kykeón* en el ritual de los Misterios.

El libro se cierra con una lista de *Addenda* y tres Índices que facilitarán un poco la tarea de manejar un comentario tan extenso, tan atiborrado de datos, citas textuales y referencias bibliográficas; uno de nombres y motivos, otro de palabras y expresiones griegas, más una lista de los pasajes discutidos de otros autores.

Precisamente en relación con la abrumadora acumulación de citas del comentario hay que advertir que, a juzgar por algunas que yo he podido comprobar que estaban equivocadas —por ejemplo, en la página 159 «*Od.* XXII 423», en la 229 «*Il.* XIX 457»— es muy posible que haya muchas más que estén mal.

De propio intento he dejado para el final el comentario sobre la fijación del texto y el aparato crítico. Por doble razón: primera, porque lo que verdaderamente interesaba reseñar era la parte más novedosa de la edición, que es el estudio de los aspectos de lengua, estilo y dicción formular del *Himno*; y, segunda, porque al no existir más que un único manuscrito medieval del poema, el famoso *Mosquensis*, las lecturas de las diversas ediciones no pueden diferir demasiado entre sí.

Sin embargo, debido a que el manuscrito es fragmentario y porque, además, sufrió daños que afectaron sobre todo a los vv. 387-404 y 462-479, los editores han tratado de rellenar los espacios con conjeturas diversas. En general, Allen-Sikes-Halliday parecen confiarse bastante a las lecturas del manuscrito y cuando éste falla, con frecuencia se remiten a la completísima edición de A. Goodwin (*Hymni Homericæ*, Oxford 1893), mientras que Richardson, cuando las lecturas del ms. no le satisfacen, no duda en sustituirlas por el testimonio de los primeros editores; como en el v. 1, donde a la variante θεόν de Allen-Sikes-Halliday y del propio ms. él opone θεός, que era ya conjetura de Ruhnken y Voss; en el v. 137, donde al artificioso «epicismo» τολῆς del ms., que Allen-Sikes-Halliday conservan, opone la forma normalizada τολῆς; el 380, en con el sg. ὄλη de Ruhnken en lugar del insólito pl. ὄλης de Allen-Sikes-Halliday, etc.

J. A. FERNÁNDEZ DELGADO

ARISTÓFANES.—*Las avispas, La paz, Las aves, Lisistrata*. Trad. e introd. de F. RODRÍGUEZ ABRADOS. Madrid, Editora Nacional, 1975, 364 pp.

En los últimos años hemos asistido a una creciente atención a la comedia aristofanesca por parte de un público mucho más amplio que el de los filólogos clásicos habituales. En esta reactivación del interés por el teatro cómico antiguo han influido, pienso, diversos motivos: su temática, con el paródico feminismo y el antibelicismo de ciertas piezas, la libertad de lenguaje, su intención política, expresada a través de una sátira de sal gorda, su alusión constante al mundo de la sexualidad, su desbordada fantasía y sus brillantes juegos escénicos (entre los que podríamos incluir la rotura ocasional de la ilusión escénica). Aristófanes, que en otras épocas más pudibundas resultaba irrepresentable, parece por esas mismas

razones muy actual. Hemos visto representar en España *La paz*, *Lisistrata*, *Las avispas*, *La asamblea de las mujeres*, en plazo breve y ante amplio auditorio. Y estas representaciones tienen paralelos en otros escenarios europeos, de modo que la lista ofrecida por V. H. Débidour en *Aristophane par lui-même*, París 1967 (2.ª ed.), pp. 184-185, podría hoy alargarse muy notablemente. Este resurgimiento de Aristófanes es, por sí mismo, un dato muy interesante y digno de consideración. (Cf. p. e., M. G. François, «Resurgence d'Aristophane dans le théâtre d'aujourd'hui», *Actes du IX^e Congrès A. G. Budé*, París 1975, tomo II, pp. 965-977.)

Ahora bien, la referencia constante de Aristófanes a sus circunstancias concretas, las alusiones del cómico al momento efímero y urgente que le tocó vivir, plantean unas notorias dificultades en nuestra aproximación. Por un lado, la comedia antigua tiene un esquema arquetípico de trasfondo mítico; por otro lado, las realizaciones de ese esquema profundo lo revisten de actualidad. El malvado se llama Cleón, o Sócrates, etc.; el héroe trata de vencer el mal, representado por la guerra del Peloponeso, o por las ideas sofísticas, etc. Esa vacilación de la comedia fantástica entre lo utópico y lo cotidiano (es decir, las circunstancias atenienses del último cuarto del s. V a. C.) proporciona una distancia que el público actual ha de intentar colmar y superar para gozar de la incomparable gracia de las obras aristofánicas. La traducción supone el primer paso para ese acercamiento al viejo comediógrafo. Y estas cuatro piezas traducidas por el profesor Adrados son, por ahora, el mejor ejemplo de aproximación en castellano. De ellas, *Las aves*, había sido publicada hace diez años (Ed. Aguilar, 1965).

Quiénes ya conocían esa excelente versión, podrán constatar que las otras tres piezas están traducidas con la misma fidelidad y elegancia. La traducción se acompaña con un buen número de notas (cerca de doscientas por obra, a pie de página). Son notas de «realia», o explicando intraducibles juegos de palabras, tan frecuentes. La versión distingue tipográficamente las partes líricas de las dialogadas, contribuyendo a subrayar así la contextura del original. El traductor se ha esmerado en apuntar el nivel estilístico de las partes líricas, como ya lo había hecho en los famosos pasajes líricos de *Las aves*. Por otra parte, se ha esforzado en ofrecer una versión actual y vivaz del vocabulario sexual del poeta cómico, tema un tanto «espinoso» (cf. pp. 52-53). Creo que su esfuerzo por trasladar todo ese lenguaje ordinario, obscuro y corriente de Aristófanes al equivalente de hoy ha dado buen resultado.

La calidad de esta versión resulta notoria cuando la comparamos (e invitamos al lector al cotejo) con las castellanas anteriores, con la de F. Baráibar (1942) y la de A. M. Garibay (1967). Sin la pesada literalidad ni la sobrecarga de pasajes traducidos pudorosamente en latín (para evitar escándalos pacatos), pero con una escrupulosa fidelidad, la versión de F. R. Adrados merece una atenta consideración por parte de todos aquellos que quieran acercarse a la comedia antigua.

Además, el volumen cuenta con una excelente introducción, muy bien planeada y muy bien escrita. Con toda precisión, el autor subraya los rasgos esenciales del teatro antiguo, referido a la fiesta religiosa y política que lo alberga en el marco ciudadano, y en ese contexto destaca los rasgos de la comedia, frente a la tragedia de un lado, y frente al trasfondo ritual por otro. Destaca la estructura del género y la aportación genial de Aristófanes al mismo, con brevedad y con esa clara precisión que es, repito, uno de los méritos de esta introducción.

CARLOS GARCÍA GUAL,

MATTHIESSEN, K.—*Studien zur Textüberlieferung der Hekabe des Euripides*, Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1974, 148 pp. + VIII láminas.

Se trata de un trabajo realizado para obtener una cátedra universitaria. El plan primitivo era llegar a una nueva edición crítica de *Hécuba* basándose en la transmisión manuscrita de la triada bizantina (*Hécuba, Orestes, Fenicias*). A su vez, tal edición serviría de muestra para la de las triadas de los otros trágicos (*Prometeo, Siete contra Tebas, Persas*) (*Ayante, Electra, Edipo Rey*) y de Aristófanes (*Pluto, Nubes, Ranas*).

El editor de Eurípides echa de menos la existencia de una lista completa de los manuscritos del trágico, pues ni J. A. Spranger, «A Preliminary Skeleton List of the Mss. of Euripides», *CQ* 33, 1939, pp. 98-107, que habla de 276 códices, ni A. Turyn, *The Byzantine Manuscript Tradition of the Tragedies of Euripides*, Urbana 1957, que menciona 268, los abarcan todos.

La edición de una tragedia de la triada bizantina ofrece una especial dificultad por el gran número de códices que nos la han transmitido, más de doscientos, anteriores al año 1600 d. C. Esas tres tragedias poseen dos argumentos, por lo menos, y escolios bizantinos antiguos y ricos. Se detiene Matthiessen (pp. 19-33) en las ediciones que se han hecho hasta hoy de *Hécuba*, fijándose especialmente en los manuscritos utilizados. Pasa lista entre otras a las de Manutius (1503), Musgrave (1778), Porson (1797), Hermann (1800), Matthiae (1813-29), Kirchhoff (1855), que utiliza sólo doce manuscritos siguiendo la norma, implantada por su maestro, Lachmann, de la *eliminatio recentiorum*. Dedicó el autor unas páginas a las ediciones de Murray (1902) y Méridier (1927), y examina la influencia del escrito de Turyn sobre los modernos editores de tragedias sueltas: Barret (*Hipp.*), Di Benedetto (*Or.*) y Daitz (*Hec.*). Parte de la clasificación de los manuscritos ofrecida por Turyn, quien los dividió en *veteres* (no influidos por los filólogos bizantinos tardíos) y *byzantini* (influidos). Hay a su vez dos grupos de *veteres*: *vetustiores* HMBAV, oCFORfRw, que tienen en su texto distintivos que aparecen en el código M o en manuscritos relacionados con M, y *recentiores*, que carecen de esos rasgos: RSSa, por ejemplo.

Los *byzantini* fueron catalogados por Turyn en cuatro grupos: con escolios de Moscópulo; con escolios de Moscópulo y Planudes; con escolios de Tomás Magister; con escolios de Moscópulo, Tomás Magister y Demetrio Triclinio.

El autor estudia cuarenta y tres *veteres* (pp. 37-48) ofreciendo multitud de datos referentes al lugar, bibliotecas, fecha —modifica en no pocas ocasiones la presentada por Turyn—, material, medidas, páginas, contenido, estudios, escolios, tinta, etc., así como detalles de su colación. En cuanto a los *byzantini* (pp. 49-53) no se detiene en el examen de los 186 señalados por Turyn, sino sólo en el de los representantes más característicos.

Siguiendo el hilo de las faltas que indican separación («Trennfehler») y las que denotan vinculación («Bindenfehler») el autor critica duramente el trabajo de Turyn, llegando a varias conclusiones: en la triada puede llamarse grupo familiar a HMC; O coincide unas veces con ese grupo, otras con B; A se relaciona con HMC, y con V; LP, ora mantiene una postura independiente, ora se relaciona con HMC; no puede hablarse de una clase ρ , ni de una situación especial de los *recentiores*.

A propósito de los *recentiores*, apoyándose en las omisiones, inversión del orden de palabras y versos y en las faltas ortográficas, deduce el autor hasta diez grupos especialmente ligados (pp. 66-77).

Examina detenidamente el autor los postulados de A. Tuilier, *Recherches critiques sur la tradition du texte d'Euripide*, París 1968, quien distingue entre dos familias: BOMHAY y QLP, y sitúa el arquetipo de las piezas comentadas en el siglo V d. C., y no en la Edad Media como Turyn y Zuntz. No menos de diez puntos discutibles aparecen en la obra de Tuilier y debería ser modificado el *stemma* que ofrece. Reflexiona, luego, Matthiessen sobre la clasificación de los *byzantini* (pp. 89-107), comprobando en los manuscritos con escolios de Moscópulo la existencia de dos variantes, no las cuarenta y seis de que habla Turyn, a la vez que destaca el papel de Yn en los manuscritos con escolios de Moscópulo y Planudes. Observa tres interpolaciones en los que tienen escolios de Tomás Magister, no las veintinueve que menciona Turyn, y deduce que Magister no realizó ninguna re- censión del texto ni tuvo a su disposición ningún manuscrito esencialmente mejor que los más destacados de los *ueteres* que nos han llegado, a saber, MBKOGP¹. Fuera del alcance de Triclinio, el comentarador bizantino más importante de Eurí- pides, habrían estado HMBGa y AP. De todo ello resulta que hay muy pocos casos en que pueda hablarse de conjeturas bizantinas, pues las variantes de ma- nuscritos tardíos no deben ser consideradas, sin más, como conjeturas bizantinas, sino que han de señalarse en el aparato crítico como presuntas variantes.

Los papiros también aportan su ayuda a la hora de fijar el texto. En cuatro ocasiones (vv. 44, 236, 740 y 1271) y quizá en 1279, en pasajes donde los manus- critos más recientes ofrecen variantes frente a M, bien solo, bien al lado de otros manuscritos antiguos como BGa, podemos decir que esas lecciones son mejores que el texto de la vulgata.

Poco en calidad es lo que aporta la transmisión indirecta, pues en muy raras ocasiones podemos hablar de variantes que remontan a la antigüedad.

Dicho todo esto el editor de Eurípides ha de separar los manuscritos anterio- res al 1204, año en que los Cruzados tomaron Constantinopla, y el resto. Los pri- meros están libres de la actividad de los filólogos de época de los Paleólogos, pero hemos de tener en cuenta que M y B son manuscritos parientes, cuyas faltas comu- nes son corregidas pocas veces por B y Ga. Entre los manuscritos más modernos AVL² no han de disfrutar del puesto preferente que hasta ahora. Rf es más re- ciente que V y de la misma época que A. De principio del XIV, como I, y P, son: CrFGKOPaP³PrRRwSSaXbZZbZcZu y T. De entre ellos, anteriores al 1300, quizá, FPrRRwSa.

Elige Matthiessen veintisiete pasajes en los que la *lectio recta*, coincidiendo con la opinión de Murray y otros editores, aparece en unos pocos manuscritos —entre uno y dieciséis—, cuya colación ha realizado. Tal variante ni es el texto de la vulgata ni está extendida. Resulta, entonces, que junto a MHBGa destacan FGGKOP y T, y, a continuación, A, I, y V.

Así, pues, el editor de *Hécuba* ha de señalar en su aparato crítico:

- 1) MBHGa, anteriores al 1204.
- 2) De entre los manuscritos posteriores al 1261: AFGKLOPPaPrRRFRw- SSaV(Va)XXaXbZZbZcZuZu y T.

De aquí se pueden sacar buenas conclusiones para el futuro editor de *Orestes* o *Fenicias*, y asimismo para una nueva colación de los escolios de la tríada.

Acaba el libro con unos apéndices dedicados a V y Va, así como a otros ma- nuscritos dejados al margen. Una bibliografía selecta (pp. 132-134), un registro

de pasajes y otro de manuscritos mencionados cierran el texto, que concluye con ocho láminas de manuscritos.

En suma, se trata de un trabajo acabado y metódico sobre la transmisión textual de *Hécuba*. Nos muestra el camino por donde ha de marchar el filólogo que edite esa y las otras tragedias de la tríada, si es que ha de atenerse a las aportaciones decisivas de la crítica moderna. El texto de Eurípides es quizá de los más necesitados de revisión, pues en las ediciones al uso hay una excesiva propensión a la conjetura o a la valoración de un grupo de manuscritos en detrimento de otros, cuando sabemos hoy que la transmisión de la obra eurípidea ha pasado por un largo proceso de contaminación horizontal en el que ha sido constante el intercambio de lecciones de una familia a otra. Es el caso típico de una tradición abierta.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

ARISTÓTELES.—*Poética*. Edición trilingüe por V. García Yebra. Madrid, Gredos, 1974, 542 pp.

La edición del texto griego que nos ofrece García Yebra de esta obra se basa en la de R. Kassel, editada en la colección oxoniense de textos clásicos (1965), que sustituía a la anterior de J. Bywater en la misma colección (1911²). Partiendo del texto de Kassel y utilizando su aparato crítico, establece «el rango de autoridad... dando preferencia al *Parisinus* sobre el *Riccardianus*, a éste sobre la traducción de Moerbeke y a la traducción latina sobre la árabe», para justificar los pasajes en que sus lecturas se apartan de Kassel. En las páginas 26-33 da esas divergencias, con alguna insuficiencia menor, como no señalar en 1455b22 la coma que G. Yebra coloca tras ἐπιθέμενος, las minúsculas de Θεοδώρω/-ος en 1457a13 o no mencionar en 1458b9-10 que γερόμενος es la lectura de Kassel.

Sus lecturas enriquecen el texto de la edición de Oxford y en numerosas ocasiones son muy certeras; cuando se aparta de esa edición es fundamentalmente para volver a los manuscritos y evitar de ese modo la aceptación de conjeturas de eruditos posteriores. Señalemos dos incongruencias en sus modificaciones: en 1458b10, A (= *Parisinus* 1741) tiene γερόμενος, lectura que ofrece Kassel en su edición colocándola entre cruces. García Yebra lee γ' ἐράμενος de cod. *Urbini*. 47, de acuerdo con sus siglas, en este caso tomada de Bekker, y la única razón para esta lectura, que no traduce, la da en nota: «... mutilado y es de lectura dudosa». La segunda la encontramos en 1461a5 y 8; en 5 Spengel conjeturó εἰ, lectura de Kassel frente a ἦ, transmitida por A y por Φ, códice griego perdido utilizado por G. de Moerbeke en su traducción latina; en 8 los códices A y B (= *Riccardianus* 46) traen ἦ, mientras que Φ lee εἰ, lectura aceptada por Kassel. Elige G. Yebra la lectura de mayor autoridad manuscrita, ἦ, pero en cambio traduce como oración condicional en ambos casos, corrigiendo su propio texto griego al traducirlo.

La rigidez con que sigue el orden de importancia de los manuscritos le lleva en alguna ocasión a corregir lecturas de forma innecesaria, como en 1448b36, en donde creemos que es más correcta la lectura de B (τὸ... σχῆμα) que la de Π (= A + Φ) que trae τὰ... σχήματα.

Aparte de estos pequeños detalles, sus modificaciones, repetimos, son acertadas casi siempre y tienen la ventaja de acercarnos más a la tradición manuscrita. La mayoría de sus lecturas provienen de preferir Π a Β (que si bien es del s. XIV, frente a X-XI de A, representa como demostró Valden una tradición independiente del *Parisinus*), criterio que sigue con rigidez.

La traducción es clara, precisa y en un español de gran corrección, sin caer en ningún exceso retórico-pedagógico, y siguiendo muy estrechamente el texto aristotélico (en alguna rara ocasión tal vez demasiado, como por ejemplo en 1.418a1 ...μιμούμενοι ol μιμούμενοι... traducido como '... los que imitan imitan a ...', cuando podía haber puesto 'mimetizan', que también en algún otro pasaje nos parece más correcto). De muy afortunadas podemos considerar las traducciones de εὐθύς ('sin ir más lejos') en 1.438a35, o de συνθετή ('convencional') en 1.456b23.

En algún caso debería haberse aclarado la traducción en nota, por ejemplo, el 'es decir' de 1.450a15.

La introducción (de 124 pp.) está dividida en cuatro partes: I. «El texto griego». II. «El texto griego de la presente edición». III. «El texto latino» (en este libro, trilingüe, se nos ofrece la traducción hecha en 1584 por Antonio Riccoboni, editada por primera vez cinco años después, y reeditada varias veces posteriormente). IV. «Traducciones castellanas de la *Poética*». Esta cuarta parte, con mucho la más amplia de la introducción, estudia muy cuidadosamente las traducciones castellanas de esta obra, desde la primera, hecha por don Alonso Ordóñez das Seijas y Tovar, Señor de San Payo, y aparecida en 1626, hasta la de P. de P. Samaranch (1966²), que critica.

Tras el texto trilingüe vienen 394 «Notas a la traducción española» (pp. 243-335), que aclaran también en ocasiones el texto griego. Si éste fuera un libro vulgar diríamos que las notas son aceptables, pero como no lo es, no podemos menos que decir que en bastantes ocasiones no están a la altura ni de la hermosa y correcta traducción ni del mejorado texto griego. Ha desarrollado G. Yebra una inmensa tarea, pero dirigida no sólo a un público no especializado, sino también, y muy especialmente, a eruditos y filólogos tanto de Aristóteles como de la antigüedad clásica, hoy y en este país desgraciada e injustamente postergada. Estos estudiosos necesitarían que se hubiera profundizado más en ocasiones, como, por ejemplo, en la insuficiente nota 317 sobre los Juegos Píticos o en la 318 en que se considera *Misios* como obra perdida de Esquilo, hecho probable, pero no se menciona que también es posible que se tratara de una obra sofoclea. O en la nota 367 en que se dice que διδομεν δέ ol εὐχος ἀρῆσθαι no se halla en el texto actual de la *Ilíada*, cuando en *Il.* XXII 297 (ed. Monro-Allen) encontramos διδομεν δέ τοι εὐχος ἀρῆσθαι. O bien en nota 307 a 1.457b35 dice: «Aparece ἀρητήρ dos veces en la *Ilíada* (I 11 y V 78); ἐρνηξ no está en los textos conocidos», cuando ἀρητήρ aparece tres veces (Cf. I 94) y no dos, y sobre ἐρνηξ debería haber citado a Hesiquio: ἐρνηγας ἐρνη. βλαστήματα. κλάδοι.

A continuación de las notas vienen tres apéndices («Textos de Aristóteles o de sus comentaristas sobre la compasión, el temor y la catarsis», «Sobre la interpretación de 49b27-28» y «Sobre la traducción latina de la *Poética*, por Antonio Riccoboni») esmeradamente trabajados, en especial el último.

Cierran el libro una copiosa bibliografía y una «relación de términos griegos e índice analítico» de gran utilidad.

Señalemos en p. 152 una inadecuación entre la numeración de las líneas, incorrecta, y las notas iniciales de discrepancias con las lecturas del texto de Kassel,

en p. 176 (1.453b33) la transcripción 'Telémaco' en lugar de 'Telégono', evidente errata; en 1.461a20 la errata del espíritu áspero de οἴη, y en 1.451a9 (p. 28) sobra el acento de φάσιw en la lectura de Kassel.

Como resumen no podemos más que alabar la obra de García Yebra, con un adecuado texto griego, una precisa y hermosa traducción y un cuidadoso estudio de anteriores traducciones castellanas. Sin duda lo menos conseguido del libro son las notas que saben a poco en una obra tan redonda.

ANÍBAL GONZÁLEZ

Anthologie grecque. Première partie. Anthologie Palatine. Tome VIII (Livre IX, Epigr. 359-827). Texte établi et traduit par PIERRE WALTZ et GUY SOURY avec le concours de JEAN IRIGOIN et PIERRE LAURENS. Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1974, X + 293 pp., de ellas 181 dobles.

Extraordinariamente azaroso ha sido el nacimiento, en esta colección francesa, de los tomos dedicados a los epigramas del libro IX de la *Antología Palatina*. La primera parte de este libro (epigramas 1-358) se publicó en 1957, años más tarde de la muerte de P. Waltz, quien, sin embargo, con su habitual maestría en este campo, había dejado ya los cimientos de la edición. La muerte, en 1959, de G. Soury, el traductor, y, en 1964, de A. Dain, continuador de la obra, ha retrasado la edición de esta segunda parte (epigramas 359-827), que, al fin, ha visto la luz bajo los cuidados de J. Irigoín y P. Laurens. La espera, pese a todo, ha merecido la pena, pues nos encontramos ante una buena edición. Pasemos a comentarla brevemente.

No hay demasiadas novedades en la atribución de los epigramas. Quizá lo más destacables es la asignación (explicada por Waltz en un artículo póstumo) de los epigramas 817, 818 y 819 a un tal Pedro, frente a la consideración general de que son anónimos. Pero tal vez es útil reseñar otras divergencias de atribución con respecto a las ediciones de Beckby y Gow-Page: el 406 es atribuido en aparato, con dudas, a Antípatro de Tesalónica (B. y G.-P. a Antígono de Caristo); el 434 a Teócrito (no así en las notas ni en B. y G.-P.); el 491, con Stadtmüller, a Μανελίου (B. a Teón); el 501, con Stadtmüller, a Páladas (anónimo en B.); el 567 a Antípatro de Tesalónica (B. y G.-P. a Antípatro de Sidón); el 657, siguiendo a Zonaras, a Agatías el Escolástico (B. a Mariano el Escolástico). Caso aparte son el 742, considerado anónimo en la edición y dudoso de Filipo en el índice, y el 543, por errata no atribuido a Filipo en la página de la traducción aunque sí en la de la edición griega.

El texto es, en general, conservador. Anotemos, sólo a modo de ejemplo, algunos pasajes en los que los editores siguen la lección de los manuscritos, mientras que las ediciones anteriores, algunas, o todas, aceptan conjeturas: 417, 5 αἱ δ' ἐβλυσαν (ή δ' ἐβλυσεν Jacobs); 423, 3 Κροίσω (χρυσῶ Brunck); 424, 4-5 μακάρων (μακρῶν Salmasius) y ποῦ (ποι Bollie); 437, 3 τρισκέλης (ἀσκελής Jalim); 437, 11 ἀηδονίδες (ἀδονίδες Meineke) y ἀντιαχεῦσι (ἀνταχεῦσι Escaligero); 507, 4 σύντονος ἀγρυπνίη (σύμβολον ἀγρυπνίης Ruihken); 588, 3 ἀπελύετο (ἀπελύσατο Hecker); 600, 6-7 ἀνδρὶ πολίτῃ (ἀνδρα πολίταν Wordsworth) y σωρὸν γὰρ εἶχε (σοφῶν εἶκε Kaibel).

En cambio, son atrevidas y no demasiado aconsejables en este caso 437, 11, ξουθά, conjetura innecesaria de Jacobs frente a los mss.; 437, 15, ἀπορρέξειν, conjetura de Meineke donde parece preferible mantener el ἐπιρρέξειν de los mss. de Teócrito; 507, 1, ἀοιδῶν de Escaligero (también aceptada por Pfeiffer) frente a mss. y 600, 7, μεμναμένοις en ed. Iunt. y Call. frente al acusativo de los mss.

En cuanto a conjeturas o correcciones propias, en 383, 3, aunque, como en otros casos, se respeta el φαίνουσιν de los mss. y de Waltz, los editores en nota prefieren δύνουσιν porque parece más probable que se considere que en el mes egipcio de Atir (noviembre) es la primera ocasión en que se ve ponerse, y no salir, a las Pléyades después de la puesta del sol; esto estaría de acuerdo con la fecha de 13 de noviembre que da Boll en el artículo *Fixsterne* de la *RE* (VI, col. 2430) para la puesta matutina de dicha constelación en el año 45 a. C. en la latitud de Roma, pero tal vez no sería grave suponer que el epigramatista, con cierta libertad, piensa en la salida vespertina que dicha tabla sitúa el 19 de septiembre. En 384, 1-2, entendemos que el problema, complicado, no está resuelto; en el texto de P se encuentra un ὑπῆλιος que sólo aparece aquí y da un difícil sentido 'solar', dejando además a θύρετρα sin verbo, por lo que hay que añadir en 2 un 9'; la solución de Waltz es sustituir el ὑπῆλιος por ὑπερχομένοιο, basándose en una falta provocada por el Ἡῆλιος del v. 2: realmente parece necesario sustituir la lección de P, aunque el argumento de Waltz no es demasiado convincente ni el verbo demasiado apropiado; es dudoso también, aunque posiblemente preferible, corregir con Reiske en Αύσονίης haciéndole depender de ὕψος, y no mantener, como Waltz, el dativo Αύσονίους. En 384, 20, la conjetura κ' ἀγάγω es bonita y «difícilior»; sin embargo, aunque se lee 'nos', creemos que se trata de una antigua hipótesis de Herwerden recogida ya por Stadtmüller. En 394 parece mejor solución la incluida en las notas: transferir λύπης al primer verso y conservar en 2 el σ' ὀδύνη transmitido por Planudes. En 397, 6, no parecen convincentes las razones que se aducen para sustituir por el dativo la lectura σφρομένη de los mss. Ingenua es la conjetura μητροῖς de Laurens para 398, 2, pese a la diéresis. En 399, 3 no resulta aconsejable el ἀδείκτως sobre el que se duda en el aparato, la conjetura ἀλύπως de Jacobs es paleográficamente buena y da aceptable sentido. Difícil es, en 405, 1, elegir entre σε y τε; en el texto los editores se decidieron por σε, aunque la nota fluctúa entre las dos posibilidades; quizá sea preferible τε. En 414, 1 encontramos una de las varias contradicciones que en este tomo aparecen, en parte explicables por las condiciones en que dijimos que se ha preparado la edición; los últimos editores, por respeto a Waltz, mantienen un ἴος en el texto que, como reconocen en nota, es muy difícil de mantener; efectivamente la solución más sencilla es adoptar la conjetura de Reiske. Situación parecida es la de 423, 7, donde, frente a la lección con rara tesis de Waltz mantenida en el texto, los editores acaban por preferir en sus notas la acogida por Gow-Page en su edición, basada en parte en Boissonade y Brunck. En 425, 6, la conjetura τῆ es aceptable, aunque también lo es la de Hecker admitida por Paton; habría que corregir el aparato, pues τῆ aparece como de Laurens cuando, en realidad, es una antigua conjetura de Stadtmüller. En 445, 5, es ingenioso el ἐνδικος apuntado en el aparato; ἐνδικος es «facilior» por proximidad respecto a κτέρως. Innecesaria es, en cambio, la conjetura de 461, 5; mejor es conservar οἶδεν, y lo mismo se podría decir de la sugerida en el aparato para 462, 6. En 464 el lema dice τί ἄν εἶποι Πάρις τρωθέντος Μενελάου; el primer problema es que τρωθέντιος debería ser sustituido por un verbo de matar, ya que el epigrama dice θανών; pero además los

editores parecen preferir en dicho lema la conjetura Πάνδαρος de Jacobs, que piensa en el canto IV de la *Iliada*; creemos que Πάρις es correcto, no tanto, como Waltz suponía, porque pudo haberse jactado del éxito obtenido por su compatriota Pándaro, sino más bien teniendo en cuenta que otros epigramas de esta serie reflejan situaciones irreales (470, Aquiles intentando reconciliar a Ayante con Odisseo; 479, Andrómeda se niega a aceptar a Perseo; 480, Pélope no quiere tener por esposa a Hipodamía), lo cual permite suponer que aquí Paris ha herido o matado a Menelao. En 474, 1, parece imponerse la elección de los editores con Cameron, y muy probable es también la conjetura de Laurens en 488, 3. En el lema de 519 consideramos acertada la inclusión de τινάς (ἐταίρους suplia Stadtmüller) para adecuarlo al argumento del epigrama; el error del lemmatista puede explicarse porque leyó rápidamente el primer verso encabezado por πίωμα. En 521, 3, mejor, y más paleográfico, parece admitir, con Beckby, el ῥῆσις de Dorville, no la conjetura κτήσις de Waltz. Sobre 548, además de la buena nota complementaria puede verse M. F. Galiano en *Humanitas* 3, 1950-51, p. 318 y ss. Sobre el κείνο de 554, 2, añádase, p. ej., Luciano, *Dial. mer.* V 3. En 564, 3, son buenas τίθει σά o τίθει σου, esta última mejor paleográficamente. En 570, 3, no está clara la opinión de los editores: el texto recoge μύρον, la traducción parece responder a μύρω y la nota complementaria está redactada de forma, a mi entender, confusa; lo mejor sería aceptar el μύρω sugerido por Waltz. En nota a 632, 4, quizá habría convenido dejar más claro que se trata de un normal «presente profético». En 710, 1, aunque sería posible la sugerencia de Waltz, parece mejor, como reconocen los editores en la nota, mantener el ἐπ' Οὐλύμπω de los mss. En 788, 3, es ingeniosa la conjetura οὐ ποτε con elisión del antecedente. En 791, los editores parecen entender que αὐχῆσαι es voz media, sin otra apoyatura, supongo yo, que un lugar de Hesiquio (αὐχῆσασθαι· καυχῆσασθαι) al que hace dudoso la propia rima; la activa podría conservarse con una conjetura *exempli gratia* que tiene como inconvenientes, es cierto, el hipérbaton violento y el uso de αὐχέω con εἵνεκα, que no está en los léxicos: εἵνεκα δ' εὐσεβίης νηοῦ θ' ὃν ἐγείρατο σεῖο/Πόστομος αὐχῆσαι μείζονα τοῦ Παφίου 'Póstumo podrá jactarse de su piedad y del templo mejor que el Pafio que te ha erigido'.

La traducción, por lo que yo puedo juzgar, es ajustada y buena. Las notas, en las que se notan los esfuerzos de los dos últimos colaboradores, claras en general y de gran interés. La edición y lectura de pruebas, cuidadosa (la única errata que he podido apreciar es, sin embargo, muy descorazonadora y hace presagiar errores que afortunadamente luego no se repiten: en la primera página, en aparato, de 359, 4, ξείνης, no ξείνης). En resumen, una muy buena edición que nos hace esperar, todavía con mayor impaciencia, la culminación de la *Antología Griega* en esta colección.

EMILIO FERNÁNDEZ-GALIANO

BLOMQVIST, JERKER.—*Der Hippokratext des Apollonios von Kition*. Scripta Minora Regiae Societatis Humaniorum Litterarum Lundensis 1973-74, 1. Lund 1974, 90 pp.

El presente estudio aborda un problema largamente debatido por los estudiosos del escrito hipocrático *De Articulis*. En efecto, Apolonio de Citio, que escribe

en el siglo I a. C., resulta una fuente interesante para la transmisión indirecta de esa obra, de la cual ofrece bastantes citas literales. No existe, sin embargo, acuerdo sobre su valor para la constitución del texto hipocrático. Ya Uthoff pensaba que cuando el texto de Apolonio discrepaba del resto de la tradición su valor era nulo, reconociendo, no obstante, que para los pasajes en los que la tradición no es concorde el recurso a Apolonio puede corroborar eventualmente alguna lectura. Aun admitiendo que algunas lecturas peculiares de Apolonio eran buenas, Kühlewein veía su origen en un particular modo de citar. Kollesch-Kudlien subrayan la inutilidad del texto de Apolonio para la *constitutio* del de Hipócrates, dada su deteriorada transmisión, aunque apuntan la idea de que pueda depender de un modelo diferente del de nuestros manuscritos. En este estado de cosas parecía imponerse un estudio que intentase reconstruir sistemáticamente el modelo que Apolonio comenta y precisar su relación con los demás testigos del texto. Tal ha sido el objetivo de Blomqvist.

Un primer capítulo (pp. 7-41) recoge y estudia el material. El autor ha colacionado L₁ sobre un microfilme, encontrando no pocos errores en la colación de Kollesch-Kudlien (cf. p. 7, n. 3). Una vez precisados los datos ha visto detalladamente todos los pasajes en los que los últimos editores presentan un texto incorrecto o dudoso, discutiendo en cada caso los hechos y sugiriendo numerosos cambios al texto por ellos establecido. En su loable intento de exactitud en la recogida de los materiales me sorprende un poco que Blomqvist se haya limitado a colacionar L₁, dando así por válidos los fundamentos estemáticos establecidos por Schöne, en su edición de 1890, y aceptados por Kollesch-Kudlien, quienes consideraban irrefutables los endebles argumentos que probarían el carácter apógrafo de M. Sin entrar aquí en el detalle de los hechos, una confrontación de las lecturas de ambos códices, contrastada con el resto de la tradición manuscrita, me parece que inclina más bien hacia la tesis de Kowalski, quien al elitar los textos de Rufo contenidos en ambos códices ha postulado que el parentesco estrecho entre L y M no puede formularse en términos de dependencia¹. De todas formas el esfuerzo de Blomqvist en este punto supone un paso hacia adelante al ofrecer nos una definitiva colación de L₁.

En el segundo capítulo (pp. 42-65) se estudia la relación entre Apolonio y el resto de la tradición del tratado de Hipócrates. Las discrepancias se nos presentan clasificadas según distintas categorías gramaticales, con observaciones sobre su valor relativo. Este criterio conduce a nuevas precisiones útiles para la valoración de los datos, pues las divergencias en la grafía de ciertas desinencias, partículas y preverbios, se explican suficientemente por las vacilaciones comunes a las alteraciones gráficas, sin ser necesario postular una *Vorlage* diferente. Como conclusión de este capítulo parecen probados los siguientes hechos: a) Apolonio ha copiado exactamente su modelo, preescindiendo únicamente de algunas palabras superfluas, lo cual, unido a las faltas del copista, explica todas las divergencias entre las «citas paralelas»; b) El modelo de Apolonio presentaba también modificaciones intencionadas que evidencian una actividad filológica, ya en el siglo I a. C., sobre el texto de Hipócrates; c) Aunque las divergencias no-

¹ *Rafi Ephesii De corporis humani partium appellationibus*, Diss. Gotinga 1960, p. 4 ss.

tables sean más bien raras, el texto de Apolonio se aparta en numerosas particularidades del resto de los testigos del *De Articulis*; d) De las lecturas peculiares de Apolonio a algunas conservan, sin duda, un texto más genuino que el de los manuscritos de Hipócrates, y muchas merecen ser consideradas para la *constitutio* del texto hipocrático; e) No es posible afirmar que el modelo de Apolonio estuviese más emparentado con uno que con otro de los grupos que distinguimos en la transmisión del *De Articulis*, pero su coincidencia a veces con los *recentiores* frente a BMV prueba que esos manuscritos pueden conservar lecturas dignas de ser tenidas en consideración.

Un tercer capítulo (pp. 66-78) estudia la particular *ἀνακεφαλαίωσις* que, según el propio Apolonio, terminaba su ejemplar de Hipócrates. Ningún otro testigo nos habla de ella, pero algunas coincidencias verbales prueban que fue utilizada por el compilador del *Mochlicon*. No es posible precisar demasiado, pero parece que el plan del *De Articulis* estaba reorganizado en la recapitulación según un enfoque diferente.

El estudio de las relaciones del texto del *De Articulis* con el *Mochlicon* y con la *ἀνακεφαλαίωσις* lleva a Blomqvist a postular una cadena de resúmenes e interpolaciones que explicaría el origen de los controvertidos capítulos 17-29 y 82-87 del escrito hipocrático. Sus conclusiones se fundamentan en un cuarto capítulo (pp. 79-83), de gran interés para la historia del texto del *Mochlicon*, cuyo compilador habría utilizado el *De Articulis* en cierta fase de su historia textual, y no a la inversa como otros muchos piensan. En este punto los materiales parece que no posibilitan una demostración incontrovertible, y la argumentación de Blomqvist conviene contrastarla con el importante artículo de Gensemann sobre la disposición originaria del *De Fracturis* y el *De Articulis*¹.

Una bibliografía selecta, un índice de pasajes citados y otro de materias y palabras terminan este libro del que, más allá de su tema concreto, se desprenden conclusiones metodológicas de la mayor importancia para el estudio de la transmisión indirecta de los textos. En el curso de su lectura se va imponiendo con inevitable evidencia la necesidad existente de una profunda discusión de los criterios estemáticos al uso. Sustituir las síntesis rápidas por análisis pormenorizados es la tarea más urgente en este dominio de la filología clásica. En esta línea, el libro que comentamos supone una aportación realmente importante.

F. PIÑERO

SPERANZA, FELICIANUS.—*Scriptorum Romanorum de Re Rustica Reliquiae*. Bibliotheca di Helikon. Rivista di tradizione e cultura Classica dell' Università di Messina, 1974, XLX + 129 pp.

Estamos ante un libro de excelente tipografía, cuyo contenido presume ya su propio título: se trata de un *corpus* de escritores latinos y no latinos (griegos y púnicos), pero cuyos fragmentos por alguna razón nos han llegado en lengua latina y que de alguna manera más o menos directa tocaron el tema *de re rustica*.

¹ Cf. *Medizinhistorisches Journal* 5, 1970, pp. 217-235.

Sigue las directrices del publicado por A. Mazarino en el 1955: *Grammaticae Romanae Fragmenta*.

La edición es muy cuidada en su aspecto formal; en ella se pueden encontrar hasta seis tipos diferentes de escritura y está impresa en excelente papel.

En cuanto a su contenido Speranza nos ofrece una edición crítica de los fragmentos de *re rustica*, en la que el aparato crítico no parece ser el centro que polarice la atención del autor tanto cuanto el aparato de referencias.

El libro está dividido en tres capítulos, distribuidos según la cronología de los fragmentos.

El primero contiene los fragmentos desde los tiempos más primitivos hasta Catón. El segundo desde la toma de Cartago hasta Varrón. El tercero es un *epimetrum*, constituido por los fragmentos de Mago, cuya identificación queda un tanto en la oscuridad, si bien Speranza se inclina a pensar que se trata de un hermano de Anibal, citado por Plinio (III 71,6).

Además de los *Praecepta vetustissima*, *Canticum Rusticum*, los *Oracula et Leges*, estudia el autor catorce escritores.

Las noticias históricas que nos ofrece en sus «testimonios» presentan, en no pocos casos, especial interés, aunque en otros podrían haberse suprimido sin que por ello se notara deficiencia alguna.

Evidentemente el mérito fundamental del libro se sitúa en su exhaustividad en la recopilación de los fragmentos, en su amplia bibliografía y en el acierto en la selección de las ediciones consultadas de Columela, Plinio el Viejo, Servio y Varrón.

En el aspecto crítico en su doble versión, aparato de referencias y aparato crítico, Speranza presta mayor atención al primero, en el que no se siente satisfecho con la simple referencia de la cita textual, sino que reproduce con cierta extensión el texto anterior al fragmento en cuestión, texto que si bien en algunas ocasiones aporta luz para la interpretación crítica del fragmento en otras su supresión no implicaría, a nuestro entender, deficiencia alguna.

El aparato crítico, que en ocasiones pudiera parecer escaso y en otras no existe, cuando aparece es preciso y las variantes elegidas son felices.

Especial interés, y no menor curiosidad, revisten los fragmentos atribuidos a Mago, vertidos en lengua latina por Silano y en griego por Dionisio y según palabras del propio autor *et hinc ἐπιτομικῶς Diophanes*.

En definitiva un libro concienzudamente editado, que viene a llenar y a completar una parte importante de la prosa didáctica de las letras latinas, hasta ahora diseminada y escondida entre líneas a la espera de que una mano feliz y agradecida la sacase de su anonimato.

MANUEL SEGURA MORENO

SÉNECA.—*Octavia*, con note di G. BALLAIRA. Turin, G. Giappichelli Editore, 1974. XV + 183 pp.

Es curioso el interés que a lo largo de nuestro siglo ha mostrado la filología clásica italiana por la *Octavia*, la única *praetexta* completa que nos ha legado el teatro latino, y cuyo problema más arduo, el de su incierta paternidad senecana,

continúa llamando la atención de los investigadores. En efecto, desde que en 1946 apareció la estupenda edición paraviana de Umberto Moricca (en unión de las nueve tragedias de Séneca), han seguido, con frecuencia creciente, las de Lydia Pedrolí (en su edición completa de la *praetexta* latina, *Fabularum praetextarum quae extant*, Genova, 1954), de I. Viansino (en la nueva edición de las tragedias de Séneca publicada por el «Corpus Paravianum», Torino 1965), de I. C. Giardina (Bologna 1966), de P. Rizza (Firenze 1970).

A ellas se viene a sumar ahora esta edición anotada de Guglielmo Ballaira, bastante diferente de la mayoría de las enumeradas (no sabemos si también de la de P. Rizza, ya que la desconocemos). Tal diferencia estriba ante todo en la concepción de la edición, en este caso escolar, y no clásica tradicional como las anteriores. De ahí su estructura peculiar, como observa al comienzo el editor, «questo libro è nato per la scuola ed è stato scritto in occasione del corso di lingua e letteratura latina tenuto nell'Università di Torino ... La destinazione del volumen spiega molte sue caratteristiche» (p. I).

La finalidad perseguida por Ballaira es, pues, dotar al texto de *Octavia* (basado ante todo en el de Gian Carlo Giardina, pero teniendo presentes otras muchas ediciones, así como dos manuscritos) de un extensísimo aparato de notas, para facilitar su lectura e interpretación. Labor útil, fatigosa, detallada (los solos 983 versos de la tragedia llenan, con las notas, 183 muy nutridas páginas), pero única; es decir, el editor ha renunciado a ponerle un aparato crítico, a introducir conclusiones personales de relieve sobre diversas lecturas problemáticas, etc. Como es obvio, esto no haría desmerecer en absoluto a la edición escolar que quiere ofrecernos; no obstante, también como «escolar» deja bastante que desear, más por exceso que por defecto. Justifiquemos esta crítica:

G. Ballaira declara que considera la *Octavia* ante todo como «un documento dell'età neroniana di notevole interesse linguistico e storico-letterario» (p. I), y de acuerdo con estas ideas elabora sus comentarios. Amplísimos, ya lo hemos dicho, y para un lector de tipo universitario; por esto último, sorprende la cantidad enorme de notas simplistas, innecesarias, del siguiente tipo: *infanda* (v. 92): «l'aggettivo *infandus* solitamente è sinonimo di *nefandus*»; *munere matris* (v. 93): «si osservi l'allitterazione»; *repandat* (v. 94): «da *rependere*: ricompensare, ripagare» ... Peligrosas son, además, otras notas con recurso a explicaciones un tanto ilícitas, como las de «sobrentendidos»: *terga dedere* (v. 28): «*terga dare*, sottintendi *hosti*, vale fuggire»; *heu me* (v. 31): «sottintendi *miseram*» ... Quizá reducido a la mitad de su extensión, sacrificando bastante ese patente deseo de explicarlo absolutamente todo, incluso lo obvio y lo intrascendente, la edición hubiera resultado más interesante, o menos pesada en todo caso.

De cualquier forma, y pese a estas reservas, que de ningún modo pretenden ser malintencionadas, la presente edición de la *Octavia* puede resultar útil de algún modo a cualquier lector, y muy especialmente al principiante. Por ello, es de lamentar su fea grafía: el libro está compuesto anástáticamente sobre una copia mecanografiada, con dos tipos de letra, de los cuales resulta muy poco agradable el utilizado para las notas, así como los subrayados en vez de cursivas, los signos añadidos a mano, la composición, etc.

A. POCIÑA PÉREZ

J. C. BRAMBLE.—*Persius and the Programmatic Satire. A Study in Form and Imagery*. Cambridge, University Press, 1974. XIV + 224 pp.

Es común a todos los satíricos romanos incluir en su obra afirmaciones programáticas. Generalmente se agrupan en una sátira las concepciones que sobre la poesía o el género en concreto tiene el autor.

El presente estudio analiza el programa de Persio y las innovaciones que supone dentro de la convención. Se ocupa sobre todo de su sátira primera, enteramente programática, y de los primeros versos de la V. Estos son los textos de Persio que se analizan minuciosamente, no sólo en relación con las sátiras programáticas de los demás satíricos romanos, sino en un contexto más amplio, el de la teoría crítico-literaria de la antigüedad.

J. C. B. parte en su trabajo de las afirmaciones positivas de Persio en la sátira V y prioritariamente de una de ellas: la que identifica falsedad moral con dicción poética amanerada, característica de la poesía contemporánea. Séneca afirma también en su *Ep.* 11,4 que la decadencia de la literatura es un reflejo directo de la decadencia moral de Roma. Persio fue el primer escritor satírico que aceptó el principio y es ya en este sentido un innovador. En Lucilio no se puede asegurar que se diera identificación entre la vida y las letras. En Horacio aparecen tratados los dos temas, pero no encontramos correspondencia o paralelismos entre ellos. Persio, de acuerdo con la aceptación de esta convicción, incluye una dimensión ética en su tratamiento de la poesía. Lo mismo para criticar la que rechaza que para defender el realismo de la sátira emplea términos éticamente marcados. Encontró una gran ayuda en los términos crítico-literarios que le ofrecía la tradición. Nacidos de la consideración de la vida social y moral del hombre, pierden por el constante uso en el examen de los textos literarios todo su color moral. Para el lector acostumbrado al vocabulario crítico de las escuelas, no había percepción posible de su carácter ético. Su simple aplicación no habría llevado a nada nuevo. El hallazgo de Persio fue desarrollar dramáticamente las posibilidades morales inherentes en estas imágenes, que adquieren en sus manos una dimensión real. De esta forma consigue con los mismos términos cumplir la función moralizadora del satírico y la del crítico literario que convencionalmente tenía el mismo.

A la explicación de este nuevo procedimiento de Persio, dedica J. C. B. gran parte del libro. Investiga la naturaleza y las fuentes de las imágenes de Persio. Todas ellas se encuentran a la vez en escritores moralizadores, desde Platón, pasando por la diatriba a la sátira, y en los tratados retóricos y textos teóricos sobre el estilo. El uso que unos y otros hacen de las metáforas de enfermedad, vestido y apariencia, homosexualidad y afeminación, comida y bebida, es analizado escrupulosamente. Los moralizadores se valieron de ellas solamente como signos de la conducta del individuo o la sociedad. Los críticos y teóricos como correlatos del estilo: según el «modus vivendi», así la forma de escribir. La deducción contraria está implícita: a través de los escritos podemos deducir la vida del escritor. En los satíricos romanos hasta Persio no se había dado la fusión de las funciones separadas de estas metáforas: imágenes de homosexualidad, por poner un ejemplo, servían solo para la crítica a la moralidad del individuo, no para caracterizar el estilo de sus escritos. Con Persio se realiza la fusión. No necesitaba hablar de literatura y aplicar a sus cualidades o defectos una serie de términos

evaluativos, le bastaba con presentar en acción a un recitador afeminado. Los términos morales de la crítica literaria se aplicaban al ataque al individuo y de rebote, por tratarse de un poeta, cumplían su función habitual en forma dramática, con lo que adquirían mucha más fuerza.

Del estudio de las imágenes que han servido de fuente a Persio, pasa a analizar la sátira I. Señala ahora J. C. B. las características programáticas comunes con Horacio: el carácter impopular del género, no grato a los contemporáneos, que ven sus vicios reflejados y criticados en él; su profesión de realismo; el rechazo de la tragedia y épica por sus temas vacíos y su estilo altisonante, que tanto dista del tono llano de la sátira; el reconocimiento de Lucilio como «inventor», la declaración de que es un género dirigido a escaso número de lectores y su adhesión al humor liberal. Pero no es preocupación de J. C. B. hacer hincapié en las características comunes. Su análisis está destinado a demostrar sobre el texto la veracidad de todas sus afirmaciones anteriores y pienso que lo consigue cumplidamente. Todas las opiniones de otros estudiosos sobre la influencia de Horacio sobre Persio y las acusaciones a éste de complejidad y oscuridad, se ven ahora a una luz nueva. El autor no se limita sólo a señalar dónde está latente un pasaje de Horacio, es su nuevo uso lo que le interesa, su inclusión en un contexto que escapa a las convenciones. En efecto, Persio tiene en muchas ocasiones como fuente principal a Horacio, pero remodela sus temas e imágenes, los incrusta en una forma nueva de hacer poesía programática, que, por lo que hemos señalado antes, la doble función de las imágenes en ella, no podía dejar de ser compleja. Sin olvidarse de estas complejidades el autor las analiza una por una detalladamente. Las interpreta, tendiendo siempre a mostrar la doble función en la que tanto hemos insistido, a la luz de los paralelos en otros textos y de su relación entre ellas. Una imagen en un contexto sexual no puede escapar a él. Si es posible encontrar textos en los que sea manifiesto su significado sexual, J. C. B. no escatima esfuerzos. La importancia que da al contexto es evidente en la conclusión de que las mismas imágenes cumplen sus funciones negativamente en la primera parte de la sátira, mientras que hacia el final, cuando el programa de Persio toma forma positiva, cambian completamente de signo. A veces la poca seguridad del texto le obliga a hacer un repaso de lecturas dadas; las critica sobre la base de su intento de hacer una interpretación totalizadora. Esta misma actitud adopta en la defensa de la que finalmente acepta y da como válida.

Como el estudio de la sátira programática de Persio obliga a J. C. B. a tratar la producción horaciana en el mismo sentido (las citas de textos teóricos del Horacio de las sátiras y las epístolas son constantes), en el último capítulo se ocupa también del aspecto innovador del programa de Juvenal en su primera sátira. De esta forma el lector obtiene un encuadre perfecto de Persio en la tradición. Señala J. C. B. en Juvenal una innovación fundamental. Igual que los otros satíricos éste rechaza la épica y la tragedia por el carácter irreal del mito, pero no hace crítica moral de ellas. De este modo deja lugar para usurpar sus técnicas. Convencionalmente se venía admitiendo el tema realista de la sátira como poco elevado, y de acuerdo con la teoría tradicional de los estilos, el que le correspondía era el cotidiano, los *verba togae* de Persio. Juvenal da importancia al tema de la sátira, piensa que la lucha contra el vicio en Roma no es algo nimio y por tanto requiere el uso de metáforas elevadas. Se separa así en el plano estilístico de los satíricos anteriores.

Antes de terminar conviene poner de relieve un aspecto importante del libro: los cuatro apéndices del final y los «excursus» que siguen a cada capítulo. Cuestiones textuales, adición de usos paralelos en otros textos de la literatura antigua para dejar más clara la interpretación de una imagen determinada, discusiones de las opiniones de otros estudiosos encuentran aquí un examen más amplio que en el cuerpo del trabajo. El que no hayan sido incluidos dentro de él tiene la ventaja de evitar la dispersión en la lectura. Pero hay otros aspectos con cabida en los «excursus» y apéndices que a mí parecer son más relevantes. Encontramos discusiones de problemas teóricos, basándose en los textos de la retórica y de otros autores de la antigüedad, así como algunas precisiones sobre la historia de la literatura latina. Se consigue de este modo que las declaraciones programáticas de la sátira no queden aisladas y que podamos entenderlas en un marco más general. Por mencionar las que creo especialmente interesantes: el apéndice en el que se analiza toda la antigua teoría del humor, desde la «Ética a Nicómaco» de Aristóteles hasta Horacio. El humor liberal, aceptado por la sátira latina, puede ser una de las características que la definen genéricamente frente a otros tipos cercanos de literatura. Por tanto me parece acertada la inclusión aquí de toda su teoría. También es interesante aquel en el que intenta explicar la diferencia entre los *poetae novi* republicanos y los nuevos modernistas venecianos.

En mi opinión estamos ante un libro realizado con honradez, rico en erudición y, lo que considero más laudable, en una línea nueva de investigación de problemas teóricos de la literatura latina.

ROSARIO CORTÉS TOVAR

APULEYO.—*La Magia*. Introd. y trad. de BRUNO MOSCA. Florencia, Felice le Monnier, 1974. 305 pp.

En 1939 había publicado ya el filólogo italiano una traducción de este tratado, al que vuelve ahora para ofrecer al público una edición con comentario puesta al día y siguiendo para su edición, según confiesa él mismo, las ediciones de tipo crítico más rigurosas. La presentación es todo un acierto por su manejabilidad y claridad. Muy pocas veces Mosca pasa a discutir cuestiones estrictamente de crítica textual, y cuando lo hace es en función justificadora de la traducción ofrecida. Las notas, a pie de página, ofrecen comentarios aclaratorios para el mejor entendimiento del texto o una rica gama de pasajes semejantes de contenido tomados de otros autores y que, según los casos, han podido servir de fuente de Apuleyo. Pero con ser muchos los aciertos de esta parte de la obra, lo mejor de esta edición del *De Magia* es un prólogo, sereno y ponderado, en el que el filólogo da su interpretación de las diversas fases del proceso. Una aguda inquisición, tanto filosófica como retórica, va poniendo al descubierto los distintos niveles en los que Apuleyo ha querido efectuar su defensa. Aparece, de esta forma, la sugestiva figura del escritor como un conglomerado de raras cualidades, dotado de una inteligencia poco común, que le lleva a hacerse dueño de la situación, manejando, gracias a su dominio de los recursos, tanto literarios como científicos, el proceso de manera que logra desviar la acusación que contra él se dirige. El cuidado con que el profesor Mosca va detallando las diferencias, a veces muy sutiles, pero

irrevocables, entre la buena y mala filosofía, o sea, la superstición, en multitud de ocasiones (el pasaje del dentífrico, el del espejo, etc.) viene a mostrar el aspecto irónico de Apuleyo, oscurecido acaso en algo. Ello es fruto de un paciente estudio y de muchos años de familiaridad. En líneas generales la obra del filólogo italiano (correcto siempre que hay discusión con sus colegas) merece aplauso por su seriedad científica, rigor de interpretación y amenidad de estilo. Es muy de agradecer la nota 2 de la página 3 que identifica, marcando el parentesco y circunstancia, los distintos personajes involucrados en este proceso.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

APICIUS.—*L'art culinaire*. Texte établi, traduit et commenté par JACQUES ANDRÉ. Paris, «Les Belles Lettres», 1974, XXXII + 234 pp.

Al cerrar las páginas de este remozado Apicio del profesor André —una edición anterior, agotada según me dicen y no utilizada aquí, es de 1965— se tiene la impresión de haber conocido, sobre el terreno y de la mano de un avezadísimo guía, lo que uno piensa que podría ser el taller del filólogo. Aunque confiese sin rebozo andar todavía de meritorio en el negocio de editar, trataría con todo de resaltar convenientemente aquellos logros que permiten asegurar que la presente no es una edición más de tan difícil autor. En sustancia, los que conciernen a los dos momentos finales de toda edición crítica: elucidación y emendación.

Pruebas abundantes de lo mucho que quedaba por hacer en lo primero las da A. a lo largo y a lo ancho de su atinado comentario (pp. 133-214), demostración de un cumplido dominio tanto de los diferentes tecnicismos que se dan cita en Apicio como del nivel de la lengua; parece que no ha dejado rincón griego ni latino por escudriñar en el esforzado intento de encontrar claves explicativas. Lo mejor que cabe decir de sus interpretaciones es que si a veces no llegan a convencer del todo, casi siempre ilustran —indicio de por sí revelador— y siempre manifiestan deseo decidido de huir de la arbitrariedad. Consecuencia inmediata, y nada despreciable, de una penetrante captación del sentido del texto es que la traducción no contiene elementos chocantes. (Un buen ejemplo: el título de la receta 17 *MEI, CORRUPŦVM VT PROBES* viene traducido «Pour reconnaître le miel falsifié», que es a todas luces superior a «How to find out if honey has gone bad» de Flower-Rosenbaum.)

Por lo que hace al segundo y vidrioso cometido, las deudas de Apicio con su último editor son de gran alcance, así en volumen como en calidad, hasta tal punto que gracias a los buenos oficios de A. la *crux* ha dejado de ser la inquietante nota dominadora del paisaje apiciano. Ya en la receta 2, donde *suaserit* de los mss. se convierte suavemente en *si uas erit*, se echa de ver que A. no pertenece a la clase de editores que creen en la posibilidad de pescar truchas a bragas enjutas, lo que es muy de alabar cuando se está en disposición de canalizar el empuje creador de la intuición (cf. la sugerencia *barbaricam*, en el comentario al hapax *Barricam* de 174) por la torrencera del método. Y la suerte se repite en muchos otros terrenos, en principio desfavorables, pero que la maestría supo tornar en correcciones de mucho fundamento; entresaco algunas a guisa de muestrario:

55 *a balneo (ab alieno CODD.)* 86 *cleogaro (de grano CODD.)*, 124 *conciliorum (coliorum CODD.)*, 357 *cumino fricto (cum inbracto VCT)*, 378 *sub cute sua (sicuto suo CODD.)*, 434 *lauas (saluas CODD.)*. Se advierte como característica de la orfebrería conjetural de A. un marcado y en general saludable disgusto por las soluciones violentas, ingrediente que confiere a sus emendaciones un mayor poder suasorio, si no tuvieran ya bastante cimentación en razones de contenido. A este sentido de la sobriedad hay que atribuir la abstención, por suerte poco repetida, de cirugías reparadoras un tanto espectaculares, pero de necesidad finamente diagnosticada (véanse sus precisiones a la receta 310 y sus recelos ante *acetabulum* en 378).

Un texto de suyo incitante y tan brillantemente editado tenía por fuerza que despertar la curiosidad del lector y arrastrar a la loca de la casa al libre discurrir. Auoto algún que otro tauteo:

- 16 *Mel malum bonum facies ad uendendum*. Más propio de un tratado de cocina sería <quasi> *ad uendendum*.
- 64 *Alicam purgas et cum liquamine intestini et albamine porri*. A mi parecer, *intestini* es determinación innecesaria. He pensado en algo del tipo *cum liquamine, intestini <s>*, si bien no sabría decir si son las mismas tripas que luego se rellenan u otra materia grasa.
- 95 *In aqua coctos*. La corrección *aqua*, de Giarratano-Vollmer (*baca CODD.*), me temo que cumple malamente con la probabilidad transcripcional: es razonable suponer que un copista no deturparía el nombre del agua. Se me ocurrió reparar en *gabata*, recipiente que podía ponerse sobre las ascuas (cf. Anthim. 34), aunque también se me arrimó el presentimiento —a falta de indicios— de que podía tratarse de un tipo de vino (*uappa?*).
- 109 *Intubae ex liquamine, oleo modico † medere † cepa concisa*. Para la *crux*, ¿es inviable *maceratae?*
- 140 *Nucleos infundes et siccas — echinos recentes impraeeparatos habebis*. Entiendo que *impraeeparatos* sugiere alguna operación sobre los erizos de mar previa a su utilización. De ahí que diera en imaginar <echinos e> *nucle- <at> os...eos*, con lo que se mantendría *eos* de los mss. (*echinos* es conjetura de Baseggio).
- 148 *PATINA EN LAGTIS ET CEREBELLIS*. Tengo para mí que *lagitis* muy bien podría ser un fantasma. A lo que aventuré en otra ocasión (EMERITA 42, 1974, pp. 109-110) añadiría otra alternativa. Me tiene intrigado que Galeno VI 727 hable de un *παρά τοις Ῥωμαίοις ἐνδοξος γαλαξίας* —ictiónimo del que no conozco correspondiente en latín si no es *lactrimus* (cf. Pol. Silv., *Nom. anim. chron.* I, p. 544.19 Mommisen)— y que no haya para él ni una receta en Apicio. No es obligado deducir que sea un calco sobre un término latino, ya que pudo fraguarse en una zona itálica de habla griega, y el caso es que de *ex galaxis* no hay gran trecho hasta *ex lagatis* (V¹TP). De paso, se explicaría mejor *lagitas* de 153.
- 337 *suffundes merum... acetum, merum modicum*. Una manera de eliminar el doble *merum* tal vez fuera *acetum asperum modicum*.
- 365 *HAEDVM SIVE AGNVM PARTICVM*. No se ve razón definitiva para no retener *pasticum* de los mss. (cf. 372 *PORCELIIVM LACTE PASTVM*).

- 370 *De porcello utriculum cicis, praeduris*. Extraña que no se aprovechen los menudos del propio cochinillo para el relleno (cf. 369). Barrunto *cicis* <*prueter pulpas*>, *praeduris*.
- 415 *Cum ferbuerit, in singulos echinos mittes, agitabis, ter bulliat*. Las objeciones a este texto podrían obviarse, al menos en parte, con una restitución como *agitabis* <*leni*> *ter, bulliat*.

No resta sino felicitar sin reservas al profesor André, cultivador egregio e infatigable de añejas y sazonadas artes filológicas, por regalar a la república de los latinistas con esta admirable y nutricia edición de Apicio, que he tenido el honor de reseñar para mi instrucción y deleite.

RAMÓN BALTAR VELOSO

FREIRE, JOSÉ GERALDES.—*Commonitiones Sanctorum Patrum. Uma nova coleção de apotegmas*. Centro de Estudos Clássicos e Humanísticos. Faculdade de Letras. Coimbra 1974, 430 pp.

J. G. Freire, conocido ya de los especialistas en literatura apotegmática por la publicación de su tesis doctoral *A versão latina por Pascasio de Dume dos Apophthegmata Patrum*, Coimbra 1971, nos ofrece ahora un estudio filológico y la edición crítica del *Commonitiones ...*, una nueva colección latina de apotegmas, cuya existencia había pasado inadvertida. Contiene 61 apotegmas divididos en seis capítulos, según los temas; se inserta por tanto dentro de las colecciones sistemáticas, no alfabéticas, de este tipo de literatura popular. Según Freire esta nueva colección por él descubierta forma una unidad y en adelante deberá sustituir a los números 1-40 del libro III del *Vitae Patrum* editado por primera vez en Amberes por Hieribertus Rosweyds y reproducido en el tomo 73 de la *Patrologia Latina* de Migne. El libro III de Rosweyds es una antología formada con materiales de Pascasio y otras fuentes, y los números 1-40 contienen las dos terceras partes de este original hasta ahora desconocido, las *Commonitiones Sanctorum Patrum*. El estudio filológico de Freire tiende a fundamentar esta hipótesis mediante un profundo examen de la tradición manuscrita y comparación con los lugares paralelos; la colección tiene un carácter unitario y ayuda a resolver algunos enigmas con que habían tropezado los estudiosos al determinar las fuentes del libro III del *Vitae Patrum*. Nada sabemos del autor y fecha de esta colección. Parece que es traducción de un texto griego compuesto en torno al 500 d. C. por un monje de los círculos de Pacomio en Egipto. Tampoco tenemos ningún dato externo sobre la traducción; Freire, guiado por la distribución geográfica de los manuscritos que contienen esta colección, se atreve a sugerir la zona de Germania a mediados del s. VI (p. 94 ss. y 135). Esta colección refleja la última fase en la evolución de los apotegmas con frecuentes reelaboraciones tardías noveladas, desarrollos bíblicos, intensificación de la parénesis, etc. Aunque es una traducción del griego (p. 157 ss.), pertenece a un tipo de traducciones-adaptaciones que se permitía muchas libertades y que prolifera en la literatura popular hagiográfica en la que las tradiciones están sometidas a un proceso continuo de embellecimiento. Una parte importante del estudio está dedicada a la investigación de la

genealogía de los manuscritos (26 en total) y su clasificación en arquetipos y sub-arquetipos. La edición crítica que sigue a continuación está basada en los cuatro manuscritos que pertenecen a los arquetipos más próximos al original; Freire considera de origen secundario y carentes de interés el resto de los manuscritos examinados. Cierran la obra índices de los manuscritos consultados, de la bibliografía empleada, de autores antiguos y modernos, de los eremitas mencionados en las *Commonitiones* y de palabras latinas de interés.

La obra de Freire me parece bien documentada por lo que se refiere a la bibliografía de literatura apotegmática en griego y latín; está avalada además por el amplio espectro de manuscritos directamente consultados en las bibliotecas europeas a partir de 1965. Pero en el marco de una reseña no se pueden contrastar los múltiples problemas suscitados por la literatura de apotegmas en general y en concreto por el trabajo de Freire. Recordemos que sólo para el material conservado en griego hace algo más de diez años J. C. Guy (*Recherches sur la tradition grecque des Apophthegmata Patrum*, Bruselas 1962, pp. 232-233) terminaba su investigación reconociendo que este campo seguía siendo aún *terra incognita*, que prácticamente cada monasterio poseía su *Patericon*; que el género literario creció como una bola de nieve, y que en tanto no se compare la tradición griega con las otras tradiciones orientales será imposible resolver el problema filológico de los *Apophthegmata Patrum*.

La monografía de Freire cumple su cometido al ofrecernos una edición crítica de esa importante colección latina. Pero muchos de los problemas del estudio filológico no se pueden resolver sólo desde la tradición latina; hace falta una comparación al menos con tradiciones griegas más amplias que las editadas. Me refiero, por poner un ejemplo, al manuscrito R-II-1 de El Escorial (cf. A. Revilla, *Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca de El Escorial*, I, Madrid 1936, pp. 74-96), curiosa colección alfabético-anónima de apotegmas derivada del tipo sistemático (cf. Guy, *op. cit.*, pp. 212-220), que recoge sentencias omitidas en la colección de Cotelier (= Migne, *Patrologia Graeca* 65) pero que se encuentran en las *Vitae Patrum* III-VII. Creo que el estudio de las páginas 89 ss. sobre las cualidades del traductor latino a la luz de las colecciones griegas impresas en Migne y en la *Revue de l'Orient Chrétien* (1907-09; 1912-13) saldría muy beneficiado si se ampliase a fuentes inéditas que discrepan de las impresas como el citado manuscrito de El Escorial. En la bibliografía general nunca se citan las páginas de los artículos de las revistas y colecciones, lo cual me parece desacertado; ni se indica siempre de qué edición se trata: por ejemplo, el libro de P. Maas, *Textkritik*, Leipzig 1960, es la cuarta edición, ya que la primera apareció en 1927. Echo de menos la mención del *Reallexikon für Antike und Christentum* que hubiera sido muy útil en el tratamiento de algunos *topica* (por ejemplo, el artículo de W. Speyer, *Fälschung*, publicado en 1969: me parece más interesante en la bibliografía de la nota 128 para el fenómeno del plagio en la antigüedad tardía que el de K. Ziegler en el *Pauly-Wissowa* allí citado). Más disculpable, tratándose de una colección latina, es la ausencia del léxico de los papiros de Preisigke-Kiessling (notas 158 y 184), sin duda muy útil por tratarse de material procedente de Egipto; o el estudio de F. W. Sturz, *De dialecto macedonica et alexandrina liber*, Leipzig 1808, que le hubiera ayudado a interpretar el helenismo *paximatium* (pp. 249-251) (= παξαμήτης, *panis bis coctus*, una especie de bizcocho, según Sturz, p. 134). Y por fin una errata que puede originar confusión: en la página 159, nota 143 a propósito del libro de G. Bardy, *La question des langues dans*

'*Église ancienne*, el capítulo titulado «Traducteurs et adaptateurs au VI^e (sic!) siècle» no es el cuarto como allí se indica, sino el quinto; y por supuesto, se trata del siglo IV.

El lector comprenderá que estas observaciones no restan valor a una investigación de primera mano realizada en un terreno difícil. En este caso el esfuerzo y la dedicación del autor se han visto compensados por el hallazgo de un eslabón perdido en la enmarañada tradición de los Apotegmas.

N. FERNÁNDEZ MARCOS

II. LINGÜÍSTICA

CHANTRAINE, PIERRE.—*Morfología histórica del griego*. Trad. de Andrés Espinosa. Reus, Ediciones Avesta, 1974, 244 pp.

Queremos señalar al público español la aparición de esta buena traducción de la *Morphologie Historique du Grec*, de P. Chantraine. Es una obra demasiado bien conocida como para que necesite presentación; en la segunda edición, aquí traducida, ha alcanzado una notable mejora sobre la anterior.

Esta obra constituye la expresión más clásica de la teoría tradicional de la Gramática histórica griega. Es perfecta en su exposición y se ha modernizado en una serie de aspectos: teoría laringal, dialectología griega, micénico. La exposición es sobria, carece de polémicas y de teorías controvertidas; ciertas afirmaciones puramente descriptivas, como que en la 1.^a sg. temática del indicativo y en el subjuntivo temático lo que hay es una vocal temática alargada, aciertan, además, pensamos, con la realidad histórica de los hechos y alejan ciertas construcciones artificiosas.

Nosotros echaríamos de menos, ciertamente, una serie de cosas, sobre todo en el campo de la reconstrucción más profunda: orígenes del perfecto, relación del aoristo con antiguos temas generales, etc. En todo caso, el Manual, tal como ha quedado en esta edición, suministra una base excelente para un estudio posterior más profundizado de problemas como estos y otros relacionados con el origen de los dialectos, con una teoría laringal más perfeccionada (no se mencionan aquí los apéndices), etc.

La presentación de la traducción española es excelente, carente prácticamente de erratas además.

F. R. ADRADOS

HUART, PIERRE.—ΓΝΩΜΗ chez Thucydide et ses contemporains (*Sophocle-Euripide-Antiphon-Aristophane*). Contribution à l'histoire des idées dans la seconde moitié du V^e siècle av. J.C. Paris, Klincksieck 1973, 195 pp.

En *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide* (Paris, Klincksieck 1968, 545 pp.; reseña en EMERITA 38, 1970, pp. 470-471), Huart estu-

diaba un conjunto de palabras que apuntaban a la creación de un vocabulario psicológico relativamente sistemático que se aislaba de una vaga ἀνθρωπεία φύσις o τάνθρώπων. De toda aquella serie de términos, Huart aplica su microscopio a una pequeña constelación cuyo centro es γνώμη y cuyo «significado real» trata de elucidar.

La época en la que sitúa el estudio de γνώμη es crucial en el proceso de creación de las lenguas especializadas científicas y filosóficas, que en parte heredamos nosotros. Este proceso, cada vez más evidente, procede de los jonios poetas y filósofos, se decanta en el *corpus* hipocrático y los sofistas y pasando por Heródoto se desarrolla extraordinariamente en Tucídides e incluso en un trágico, Eurípides.

Dentro de este proceso, la importancia de γνώμη, una formación reciente, es *frappante*. Huart intentará ver cuál es la posición de esta palabra en relación al sistema arcaico formado por φρήν, νοῦς, ψυχή, θυμός, en muchos casos psicológico.

Después de un estudio sobre los efímeros dobles de γνώμη (γνώσις, διάγνωσις κατάνγνωσις) se estudian a partir del capítulo II variados significados de γνώμη 'réflexion', 'faculté de juger', 'pensée', 'jugement' cuando se designa «el principio del pensamiento»; 'idée', 'avis', 'opinion', 'motion', cuando se ve desde el punto de vista del resultado del acto de pensar: 'dessein', 'intention', 'resolution' en cuanto ese resultado del pensamiento trata de llevarse a la acción. Γνώμη se está concretando como un principio racional organizador y de acción que se opone a lo irracional humano representado, por ejemplo, por ὀργή. En relación con el sistema φρήν, νοῦς, ψυχή, θυμός, γνώμη es casi excluyente, llegando en algún caso (Andócides) a oponerse a σώμα.

En el proceso de creación del vocabulario filosófico y científico a que asistimos, el avance de γνώμη, como muchas otras cosas, queda frenado en la obra platónica, que desarrolla νοῦς y ψυχή, centrales en el idealismo platónico ya que, como recuerda Huart, el conocimiento se sitúa de manera trascendente al hombre y fuera de la realidad humana.

Huart ha desenterrado y manejado, como en *Le vocabulaire de l'analyse psychologique ...* una enorme masa de datos, no solo referentes a γνώμη sino a sus dobles, antónimos, adjetivos, derivados, etc. Incluso son muy útiles los cuadros estadísticos de p. 180 ss., así como el índice de palabras griegas. Pero, como ya decíamos en la reseña anteriormente citada, seguimos echando de menos un método semántico moderno que hiciera de totalizador de una serie de resultados que así presentados hacen el libro de difícil lectura. Desde este punto de vista, hay que replantearse la utilidad de estos estudios semánticos de palabras o familias de palabras. Porque si bien tienen una utilidad real para la historia de las ideas, para la de la ciencia y filosofía, la traducción se diluye y aleja cada vez más al tener que exponer la palabra dentro de su sistema griego antiguo, aunque sin un método formal que nos pueda ayudar. Es el lexicógrafo el que más se debate en esta encrucijada: tiene que conocer y apoyarse en el estudio semántico de la época, pero además tiene que comprometerse en la traducción.

EI,VIRA GANGUTIA EI,ICEGUI

ΚΑΛΟΓΕΡΑ, Β. Α.—'Ἐχοποίητες λέξεις καὶ ρίζες στὴν Ἑλληνική. Salónica 1975. 440 pp.

Los diferentes intentos que han realizado lingüistas, psicólogos y antropólogos por explicar los fundamentos del lenguaje y formación de las distintas lenguas no han logrado, sin embargo, resolver el misterio del origen del lenguaje. Las fuentes más comunes como son los ruidos y voces más frecuentes de la Naturaleza y de los animales, el lenguaje infantil, etc., han llevado a la creencia de que el lenguaje se ha podido formar a partir de las onomatopeyas; teoría —una entre innumerables— que no se ha impuesto mayoritariamente por las dificultades que ofrece su comprobación.

Basándose en la idea generalizada de que (a pesar de ser una alfabetización de los sonidos naturales ajustados al alfabeto de cada idioma) los tipos formativos de las onomatopeyas son primitivos, el filólogo señor Kaloguera pretende comprobar la relación existente entre las raíces y palabras onomatopéyicas a través del estudio comparativo del griego clásico y moderno con lenguas indoeuropeas y otras mundiales sin ningún parentesco con ellas, concluyendo, «a priori», que el número de onomatopeyas existente en las lenguas es mayor del constatado en los diccionarios.

Aparte de una bibliografía esquemática y no muy actualizada, ciertas correspondencias fonéticas del indoeuropeo, sanscrito, griego clásico y latín, un prólogo, una introducción donde se nos aclara la diferencia entre ὀνομασποιοία y ἤχομιμησι, y dos índices alfabéticos, uno de griego y otro de las restantes lenguas comparadas, el grueso principal de este volumen lo constituyen dos partes:

A (pp. 23-209). Comprende las palabras de griego clásico y moderno surgidas por imitación de la voz y movimientos humanos y de animales.

B (pp. 209-381). Palabras motivadas por ruidos del organismo humano y de la Naturaleza, con una parte final (pp. 377-381), lugar no muy afortunado, donde se exponen algunas tendencias actuales de la lingüística (laringales, estructuralismo, etc.).

Sin que ello suponga despreciar el esfuerzo del autor por encontrar el mayor número posible de palabras y raíces de origen onomatopéyico, ya que estamos seguros del interés puesto en conseguirlo, y considerando elogiables los resultados, nos vemos obligados a hacer varias objeciones de las que evitaremos los detalles prolijos y solo mencionaremos algunas cosas que llaman excesivamente la atención.

Ante todo se deslizan numerosos errores aparentemente tipográficos como pueden ser *cerata* por *cerceta* o *nina* por *niña* (p. 430), o el número de orden de paginación que tiene cambiadas las cifras en varios lugares (pp. 3=4). Pero lo que habría que objetar a esta obra, sobre todo, es su falta de rigor científico: así en muchas ocasiones no se citan las fuentes de información y se hacen afirmaciones demasiado rigurosas sin aclarar su fundamento, como, por ejemplo, la de que las raíces onomatopéyicas en las lenguas primitivas constituyen un 60 por 100 de su léxico, cuando sabemos (E. Sapir) que en las lenguas amerindias faltan casi por completo. En cuanto a las etimologías, el autor a menudo se deja llevar de la fantasía y, pese a sus buenas intenciones, resulta poco convincente incurriendo en ocasiones en errores (p. 53, ide. **ul-qu-* por *ul-k**). Respecto a las lenguas románicas no se tienen en cuenta las palabras latinas de las que proceden y el léxico utilizado no resulta nada ilustrativo.

G. NÚÑEZ

RAWLINGS III, H. R. y HUNTER, R.—*A semantic study of PROPRIASIS to 400 B.C.* Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GmbH, 1975 (*Hermes, Zeitschrift für klassische Philologie*, Einzelschriften, Heft 33), VIII + 113 pp.

Sobre πρόφασις existe abundante bibliografía y realizada por algunos de los pilares de la filología clásica. Hunter R. Rawlings III siente que el problema de su significado todavía no está resuelto y cree, con razón, que es preciso aplicar al problema un método riguroso basado en los «campos semánticos» según la elaboración de Lamb, Lyons y Porzig.

El problema de πρόφασις, tal como lo entendemos nosotros, es en primer lugar (como el de ἀμαρτία, tan sometido también a estudios más o menos semánticos) una cuestión de traducción a ciertas lenguas occidentales de salida.

Para abordar πρόφασις no pudo ser guía la vía etimológica, pues la oscuridad de la palabra en este sentido es constante: unas veces puede estudiarse como procedente de -φημι, otras de -φαίνω. Incide en ella el proceso de creación en Grecia de una lengua especializada científica y filosófica. Creo que es dentro de este proceso donde habría que situar el hecho, que nota H. R. Rawlings III, de la progresiva desaparición de πρόφασις I, procedente de -φημι, y progresiva generalización de πρόφασις II (procedente de -φαίνω), más utilizable en la prosa científica.

H. R. Rawlings III dice que no busca dar un «equivalent» inglés para cada contexto, sino estudiarlo precisamente en todos los contextos para examinar las relaciones de sentido y conseguir así la objetividad. También advierte de la necesidad de un estudio estructural semántico diacrónico, comparando diferentes cortes cronológicos. Sin embargo, sus comentarios a Lyons y teorías lingüísticas afines son bastante atrasados y «naives». Cosas publicadas en España le hubieran sido útiles a la hora de enfrentarse con cierto rigor, concretamente, a problemas del léxico griego. Otro intento o alusión malograda podría haber sido el desarrollo o aplicación, con un enfoque incluso transformacional, de las teorías de Browning, que cita varias veces, sobre los nombres en -σις considerados como «nombres de concepto»: por ejemplo, se dice con una palabra lo que hay que decir con una «clumsy phrase».

Después de las introducciones teóricas se pasa a un intento que podría ser aprovechable, como es el de hacer un estudio general de las palabras acabadas en -φασις de tipo homonímico (por proceder de -φημι o de -φαίνω). Nos permitimos recomendar para estos casos el uso del diccionarios inversos: sólo el *Rückläufiges Wörterbuch* de Krestelmer y Loeker tiene veintitantas entradas que le pudieran haber sido útiles y el *Reverse Index of Greek Words* de Buck y Petersen tiene treinta con un intento de clasificación semántica entre las procedentes de -φημι y -φαίνω también un vistazo al índice inverso de Hofinger le hubiera revelado que πρόφασις aparece también en los *Vrs.* de Hesíodo, eliminando el arriesgado «never in Hesiod» de p. 19.

El capítulo II estudia las apariciones de πρόφασις antes de Tucídides. Aquí hay un germen de lo que podría haber sido la aproximación semántica formal. Ve los casos en los que aparece πρόφασις, estudiando más detenidamente el hecho de que la palabra vaya muy rara vez en nominativo, y hace una relación de los verbos con los que se construye. Pero esto, así como un estudio semejante en relación con πρόσχημα y σκέψις (p. 39), delinea el campo semántico, pero no basta para formalizarlo, cosa cada vez más necesaria en los estudios semánticos. Por

ejemplo (p. 50), parece que *πρόφασις* y *αἰτία* en el *corpus* hipocrático son sinónimos en algunos contextos: habría que fijarlos y luego habría que ver en qué manera la lengua filosófica precisa y especializa *αἰτία* como algo separado de *πρόφασις* simple 'motivo' (aparente o no).

El intento formalizador y de fijación de los contextos que se atisba en los capítulos II y III se olvida en el grueso del estudio de *πρόφασις* en Tucídides: para ello la bibliografía pesa más que ayuda al autor. Lira mejor haber hecho tabla rasa y haber buscado definir el campo semántico viendo en qué relación está *πρόφασις* con las construcciones que se habían establecido en los cortes sincrónicos anteriores; al no hacer esto, el estudio cae en lo que pretendía evitar en la primera página y se convierte en un estudio culturalista más, diferenciándose muy poco de los anteriores; se hacen suposiciones aquí y allá; se inserta a *πρόφασις* una vez en oposición a una palabra, otras a otra en una serie totalmente diferente y se sigue sin formalizar ni formular.

Ya en esta línea, el capítulo V, *The structure of Book one and six of Thucydides* puede ser interesante desde el punto de vista de en qué medida *πρόφασις* y *αἰτία* estructuran tanto el acontecer histórico como la metodología histórica de Tucídides, pero deja de ser totalmente un estudio lingüístico. Lo mismo puede decirse del inciso sobre Heródoto en p. 94 y ss. y de los conceptos modernos de causalidad histórica sobre «preconditions» y «causal explanation», que H. R. Rawlings III saca de un artículo de Eckstein (y que bien pudiera haber sido la *πρόφασις* y *αἰτία* de su estudio) cuyo verdadero precedente está en las obras de Lawrence Stone, *The crisis of the aristocracy 1558-1641*, Oxford 1967 y en *Preconditions of Revolution in Early Modern Europe* (R. Foster y U. P. Greene, ed.), Baltimore y Londres 1970.

ELVIRA GANGUTIA ELÍCEGUI

ALLEN, W. S.—*Accent and Rhythm. Prosodic Features of Latin and Greek: a Study in Theory and Reconstruction*. Cambridge Studies in Linguistics 12. Cambridge University Press, 1973, XIV + 394 pp.

Obra desigual —al parecer, intencionadamente— en las tres partes de que consta. El apéndice final, sobre el hexámetro latino, es perfectamente justificable en tal posición, a modo de epílogo, para desbaratar la grave objeción que este verso representa —con su amplia heterodinia, que el autor admite honradamente, sin paliativo siquiera— para las posturas adoptadas a lo largo de la obra: se le considera —en pos de Magniness— a él y al ritmo dactílico en general como inapropiado para la lengua latina (p. 338), pese a su carácter mayoritario no ya sólo en la épica, elegía, etc. —géneros que podrían marginarse, por eruditos— sino incluso en la sátira, y no sólo en la de Horacio y seguidores, sino en la de Lucilio, recién «helenizada» la métrica romana. Pero hasta este apéndice llega la desigualdad: al lado de tamaña omisión, acertado reconocimiento del carácter sólo acentuativo en la cláusula de muchos pretendidos hexámetros en los *Carmina epigraphica*; de las derivaciones acentuales y no «ictuales» del sáfico —en seguimiento de Seel y Pöhlmann—; de la heterodinia misma frente a tantos objetos y paliadores como cita —e incluso encarecedores, que culminan seguramente en el paralelo de Descroix, que reproduce, sin embargo, sin escándalo alguno, en

cuanto a su aplicabilidad al problema: «un accord parfait acquiert sa plénitude lorsqu'il succède à une dissonance» (p. 337).

De dichas partes, la tercera es, probablemente, la más original. En efecto, la primera, dedicada a una revisión de los conceptos sobre los elementos fundamentales del ritmo —con despliegue comparativo variado: nada extraña la atención al sánscrito, al inglés actual, incluso a lenguas «exóticas», como el finés y alguna otra extraeuropea, pero sorprende que las románicas brillen por su ausencia (con excepción de unos pocos atisbos del francés, poco significativos, en cuanto su acento no es relevante)— desemboca, a fin de cuentas, en la aceptación de la teoría muscular de Stetson, tras la crítica de otras; crítica que resulta insuficiente en el caso de la de Ifala, así como inválido el recurso a división silábica por oyentes extranjeros: es sabido que reinterpretan (de modo parecido a como puede ocurrir con los fonemas) según costumbre propia (pp. 36-37); e indebida, la acusación (pp. 30-31) de petición de principio en explicar la silabización tipo *ho-nes-tus* de acuerdo con el acento, y la colocación del acento según silabización: esto último es un hecho documentado, y sólo lo primero es una «explicación», congruente con el otro hecho tipo *ho-no-res* (de paso, obsérvese que A. critica repetida y acertadamente en general —no tanto en p. 38 respecto al inglés— la silabización que uniera *s* a *t* en tal caso —y a otras consonantes en situaciones análogas— tanto para el latín —pp. 135-141—, como luego —p. 210— en griego). De acuerdo con aquella concepción muscular, se equiparan las sílabas con vocal larga —«detenidas torácicamente»— y las acabadas en consonante —«detenidas oralmente»— y se oponen a las sílabas acabadas en vocal breve —«no detenidas»—. Así queda razonada la larga por posición, y, de acuerdo con estas interpretaciones, se tratan después los conceptos de intensidad, altura, acento y ritmo. Buena parte de las críticas de A. son modélicas; así, por ejemplo, las dirigidas contras las explicaciones del alargamiento por posición por Marouzeau y Meillet (pp. 60-62). (No tanto, la forma con que censura a Zirin por su interpretación de las vocales largas como = vocal + consonante: es admisible que una vocal, aun no de las cerradas —en latín, por ejemplo, la *e* de *ae*—, funcione como elemento marginal de una sílaba.) Pero, destinada su concepción muscular (por tanto, más que física, fisiológica) de la sílaba a la fundamentación de un ritmo según cantidad silábica, queda pendiente de explicación cómo es percibida por el oyente esta diferencia entre las «detenidas» y «no detenidas».

La segunda parte, dedicada al latín, constituye ya una reformulación del verso latino «hablado» —del lírico y del declamado hace cuestión aparte, porque el primero se acomodaba al ritmo musical y el segundo era propio de doctos— como un verso intensivo, a base de la admisión, poco menos que axiomática (o, cuando no, con un «parece» o «es probable») de nociones tan en el aire como el acento de intensidad inicial (pp. 151 y ya 93) —con pretensión de que las vocales primer elemento de diptongo, evolucionen en posición interior igual que si están ante consonante, lo que no es válido para *oi* ni, probablemente, para *eu*—; carácter intensivo del acento latino histórico (pp. 86 y 151-152 especialmente, y, naturalmente, negación de posibilidad de variación tonal en la acentuada de 'refeci' del mismo modo que no la podía haber en 'refectus' —p. 84—); diferencia de resultados de *e* cerrada latino-vulgar en 'devoir' y en 'mettre' porque ésta precedía a una geminada (p. 80); tendencia a la coincidencia de fronteras rítmicas y semánticas (pp. 113-115), que haría del encabalgamiento poco menos que una licencia métrica, y —aunque A. no llega, afortunadamente, a admitir a pies juntillas que la cesura

comporte pausa (p. 115)— admisión de que los alargamientos ante cesura lo son por la tal pausa (pp. 117 y 130); evocación (p. 257) de la negativa de Meillet a que el tono pueda ser fundamento de ritmo si no se convierte en acento de intensidad; homodinia en el verso del *diuerbium* de los escenógrafos —pese a reconocer (p. 154) que Fraenkel se había retractado de mucho de lo que había escrito sobre este asunto— con curiosas matizaciones: acertadamente se niega a lograrla mediante la «regresión» dieciochesca (arguyendo —con Soubiran— contra Bentley que el admitirla «arregla» unos cuantos casos, pero estropea el doble), pero aceptando la acentuación *ad scribend(un) dīpūlit* ahora como «acentuación de grupo», paralela en el desarrollo de acento secundario a un inocente *in diligētiā*, y, similarmente, *ād forum* paralelo a *ārborem*, *suspēctaque* porque *suspēctāque* sería grecismo de los gramáticos, que habrían generalizado un cambio de acento ante enclítica que sólo se habría dado en el tipo *uirūmq̄ue*, en que realmente se originaba una penúltima larga, *faciāt bene*, dejando a éste «sin» acento el secundario de *faciāt*; en fin, *fācilius* y vocablos de su tipo acentuados así no sólo durante la «intensidad inicial», sino como «acentuación histórica del vocablo» (p. 189). Claro que tres cuartos de siglo no han pasado en balde, y hay páginas —por ejemplo 104-105— que parecen de la más estricta ortodoxia jakobsoniana. Y que, aun en casos de disensión —p. 162, contra la formulación fonológica de la ley de la penúltima— se llega a decir casi lo mismo, sólo con adaptación a las ideas «musculares» sobre la sílaba (p. 177: la objeción a base de *saccula* —p. 163— valdría contra la formulación de Trubetzkoy, pero no contra la de Jakobson). Pero otras tendencias, apriorísticas, han entrado también en la consideración de A. y, después de haberle visto aceptar de Chomsky y Halle que «la ortografía inglesa, a pesar de sus frecuentemente citadas incongruencias, se acerca muy aproximadamente a ser un sistema ortográfico óptimo para el inglés», ya tal vez no extrañen otras paradojas del tamaño de, por ejemplo, basar en Trubetzkoy —que citaba al latín paradigmáticamente como «lengua que cuenta las moras» y de acento melódico — la índole i n t e n s i v a del acento latino, en cuanto a que esta lengua «cuenta las sílabas» (p. 153) o (p. 339) que, en la pronunciación ordinaria del latín, la cantidad estaba íntimamente enlazada con el acento, e incluso (pp. 186-188) que el bisílabo era final predilecto en el pentámetro latino, porque se acentuaba agudo.

En la tercera parte, la originalidad misma es causa de sorpresas similares: aquella culmina en una serie de formulaciones detalladas acerca de la admisión de una intensidad que habría recaído en la última larga (final o no final) de cada palabra griega (pp. 283-295), con posibilidades de intensidad secundaria en caso de vocablos suficientemente largos, según la distribución binaria, e independientemente del acento tónico (en griego, sí melódico y realmente circunflejo cuando lo han dicho los gramáticos —excepto en el artículo (p. 251), que supone proclítico en todas sus formas, en lo que sí puede llevar razón—, y con la peculiaridad, también sugerida por los hechos a que se aplica la hipótesis, de que esta intensidad afectarla, igualmente a como afecta a una larga, a dos vocales en hiato o separadas por sólo la consonante ρ). El nuevo ente de razón que esta intensidad supone se justifica en la petición de principio de que con él se justifica a su vez la colocación de estas sílabas largas en los ictus del verso, que se da por supuesto que son intensivos. Y sirve sobre todo para dos fines: para razonar —a base de la indicada propagación binaria de intensidades secundarias— la distribución frecuente de pies puros y condensables en los ritmos yámbico y trocaico, y para fundamentar la

ley de Porson (pp. 306 ss.); pero ¿por qué no la siguen los cómicos?. Descarta las objeciones que a una anterior formulación de su hipótesis opuso Newton, por lo que al segundo de dichos fines se refiere; y, en lo que atañe al primero, al encontrarse él mismo con la grave dificultad que le representa la presencia de vocablos tribráquicos que ocupen precisamente un yambo (p. 326) —por tanto, con «metrical/dynamic conflict» (entiéndase con su pretendida intensidad de largas y parejas de breves, que no del acento tónico de palabra, cuya pretendida homodinia rechaza prudentemente en pp. 260-271) a base de su escasez en Esq., Sóf., y en Eurípides «estricto»; así como con los casos en que el pie que contiene la penthemimera del trimetro yámbico es espondeo, los esquivo (p. 313) recurriendo a la pausa que supondría la cesura. Pero como —honradamente— admite la cesura en elisión y niega que en ella pueda haber pausa, se salva ponderando que la anomalía no es mayor que la propia existencia de una cesura en tales condiciones ... Consecuencia natural de la mención, también sin escándalo alguno, de la afirmación de Sobolewskij (p. 352) de la existencia de una pausa —«quantulacumque»— entre una palabra y otra en el enunciado. Así como aparece como consecuencia natural de la existencia en latín de palabras agudas la no observación de la ley de Porson (p. 335), dado que —siendo, según él, intensivo el acento latino— por definición queda excluida la intensidad que supone a las largas finales del griego. Pero, ¿por qué, entonces, detecta como influencia de la ley hechos métricos en Horacio y Séneca? No cabe, claro está, el recurso a la «métrique verbale»: el concepto se halla ausente de la obra, incluso cuando, en seguimiento de Soubiran, reconoce (p. 281) que ya en el canto XXIII de la *Iliada* el 73,5 por 100 de los versos acaban en bisílabo o trisílabo; no se menciona a Havet sino una vez (p. 314) y precisamente para impugnar que la ley que lleva su nombre en el septenario trocaico sea suya.

Otras omisiones —que alcanzan, como la de Havet, a la nutrida y actualizada bibliografía, y que resultan curiosas, dada la extensión que A. concede a las cuestiones de que se han ocupado— son las de Mukarovsky, Nicolau (el problema de la naturaleza del ictus es ampliamente debatido —especialmente en pp. 274-279 y 341-344—), lo propio que la nomenclatura de las partes del pie —*tesis/arsis* : : *arsis/tesis*—: A. admite un origen en la danza —«mecánico», por tanto—, pero sin justificación ni alusión a la teoría del malogrado romano, aunque no fuera sino para impugnarla; y pese a la sensatez de no aprovechar —p. 279— los signos de textos musicados en apoyo de la existencia de un ictus «intensivo», monta sobre éste su teoría más original según ya se vio; también la atención a dicho autor habría, probablemente, evitado las interpretaciones forzadas de Cicerón y de Sacerdos en p. 339) y García Calvo (y no por el «hispanicum est, non legitur»; todo lo contrario: hay que agradecer a A. la atención prestada a nuestras revistas, con citas de C. Castillo —p. 66—, Ruipérez, así como también del P. Jiménez —p. 337—, precisamente de *EC*, la revista donde aquél publicó su *Pequeña introducción a la prosodia latina*, que, justo por equiparar cantidad e intensidad, resultaba, en parte, un precedente, en parte, un contrincante de A.). Conste, de todos modos, que a esta desigualdad en las menciones bibliográficas no cabe aplicarle el adjetivo de «intencionada», que sí apliqué al comienzo a la que me parece ser característica general de la obra y que, aparte de lo que he intentado demostrar en las líneas precedentes, se patentizará todavía más al atender a cómo abundan a tratamientos modélicos de unanimidad (p. 97, juicios sobre los objetantes a la noción fundamentalmente temporal del ritmo; pp. 121-122 y 144,

acerca de las pretensiones de Soubiran y Rossi de que se pronunciaban las vocales en elisión, si bien a continuación se oscurezca el panorama a propósito de lo que ocurriría cuando la elidida era una larga; pp. 211-216, estudio detallado de la *correptio attica*, etc.). Este «bien hacer» de A., aparte de que sea acertada o no la dirección en que lo hace (a las objeciones ya formuladas cabría añadir todavía las que afectarían al uso que hace de la dicotomía —tanto en griego como en latín— entre versos hablados y no hablados, lo que le lleva a serias dificultades con el ritmo anapéstico, pp. 165, 169, 277, 299, 333), exigirá que su obra sea tenida en cuenta en lo sucesivo, al menos en sus importantes revisiones críticas, aun por quienes no lleguen a compartir sus opiniones en lo que tienen de original.

S. MARINER BIGORRA

LUNELLI, A.—*La lingua poetica latina*, a cura di—. Bologna, Patron Ed., 1974, LVII + 202 pp.

Resulta siempre agradable encontrarse con trabajos que, como el libro de la presente recensión, aun sin aportar nada nuevo en lo que se refiere al contenido de los mismos, resultan de gran utilidad para el filólogo clásico.

Una de las grandes ventajas del libro editado por Lunelli es haber reunido en un volumen tres trabajos ya conocidos, al menos dos de ellos, por los latinistas, pero que al estar publicados por separado en otros libros o revistas dificultaban su rápida y cómoda consulta.

Componen el libro las investigaciones que sobre la lengua poética latina han realizado W. Kroll, «Die Dichtersprache» (trabajo que forma parte de los *Studien zum Verständnis der römischen Literatur* del mismo autor), H. Janssen, *De kenmerken der Romeinse dichtertaal*, y M. Leumann, «Die lateinische Dichtersprache» (artículo incluido en *Kleine Schriften* y publicado anteriormente en *MIt* 4, 1947, pp. 116-139).

La selección de estos tres trabajos entre otros parece estar en función de la finalidad que persigue el editor: presentar al lector clásico los estudios más importantes que se han hecho en torno a la lengua poética latina, considerada como una sección con características propias dentro de la lengua latina. Para ofrecer una panorámica general sobre la lengua de los poetas latinos, Lunelli incluye en primer lugar el trabajo de Kroll, estudio de carácter eminentemente filológico en el que se presta atención a los grecismos (de tipo diverso), calcos semánticos, arcaísmos, consideraciones métricas, etc. Termina con unas pocas páginas que, a modo de un *excursus*, tratan del epíteto. El análisis de Janssen, mitad filológico y mitad lingüístico, se ocupa del estudio de la lengua poética, no como un sistema lingüístico individual, sino colectivo, y en él se marcan los rasgos peculiares y distintivos de esta lengua en relación con la fonética, la morfología y la sintaxis; al léxico se le concede una importancia relativamente secundaria por ser, como apunta el autor, el elemento más variable. En último lugar recoge el artículo de Leumann en el que, después de fijar lo que entiende por lengua poética, señala los diferentes rasgos de la misma desde el punto de vista lingüístico, peculiaridades que para el autor se reducen a arcaísmos (perceptibles sobre todo en el campo de la morfo

logía), grecismos (puestos de manifiesto en el nivel sintáctico) y formaciones nuevas, de palabras principalmente.

No voy a detenerme ahora a enjuiciar el alcance de estos estudios, pues ya otros se han encargado de hacerlo en el momento de su aparición. Es más útil para el lector señalar que a la ventaja de poder contar con los trabajos antes citados, reunidos en un solo volumen, se han de añadir otras, no menos importantes y que contribuyen además a que la recopilación resulte mucho más útil. Me refiero a la comodidad que supone el que el trabajo de Janssen esté traducido del holandés al italiano, posibilitando así su lectura y haciéndola asequible a un número mayor de personas interesadas en los problemas que plantea la lengua poética.

Otro mérito del libro es de proporcionar una abundante bibliografía seleccionada que viene a completar y actualizar, en parte, la de los autores de los trabajos aquí reunidos. En la bibliografía, organizada por apartados, se recogen estudios de tipo general así como aspectos particulares: léxico, morfología, sintaxis, estilística, condicionamientos métricos, aspectos fónicos y rítmicos, lengua y estilo de géneros poéticos particulares o de determinados períodos y de cada uno de los poetas. Por otra parte, la inclusión de notas complementarias sobre las diversas cuestiones tratadas permite al lector establecer relaciones entre los tres artículos, pudiendo, de este modo, sacar sus propias conclusiones y reflexionar sobre algunos puntos.

Se echa de menos, no obstante, que junto a estos estudios de carácter descriptivo no se hayan incluidos otros (sólo se dan algunos títulos en la bibliografía) realizados de acuerdo con una metodología más actual y siguiendo nuevos planteamientos. Es de todos conocido que las técnicas estadísticas y cuantitativas empiezan a aplicarse con éxito al estudio de las obras literarias de autores clásicos y que mediante tales técnicas es posible dilucidar cuestiones tan difíciles como es la separación entre lo poético y lo no poético incluso a nivel de la lengua. En este sentido es de lamentar que ni siquiera se incluyan en la bibliografía trabajos como los de Govaerts, Dodson, Moerk y Jacobson, por citar algunos.

JUAN LORENZO

III. LITERATURA, HISTORIA Y FILOSOFÍA

HÄGG, R.—*Die Gräber der Argolis in submykenischer, protogeometrischer und geometrischer Zeit. I. Lage und Form der Gräber*. Acta Universitatis Upsalien-sis. Boreas. Upsala Studies in Ancient Mediterranean and Near Eastern Civilizations, 7:1. Upsala, 1974, 172 pp., 40 tablas, 43 figuras.

El libro, tesis doctoral del autor leída en Upsala en 1974, constituye la primera parte de un estudio de conjunto sobre las tumbas submicénicas, protogeométricas y geométricas de la Argólida. El extraordinario incremento del número de tumbas, que entre 1965 y 1974 pasó de 130 a 550, hizo necesaria la revisión y sistematización del material, pues los estudios anteriores habían quedado superados. Para ello el autor agrupa el material según los períodos culturales identificados por los materiales arqueológicos, principalmente la cerámica.

El trabajo se estructura en tres capítulos. En el primero se indican los objetivos del libro: tratar todo lo relacionado con la muerte y el enterramiento, en los períodos estudiados, en tanto ha quedado huella arqueológica, para obtener conclusiones sobre la idea que de la muerte tenían estos pueblos. El hecho de que el libro sea sólo la primera parte de un estudio más amplio hace que las conclusiones sean aún muy parciales.

El segundo capítulo se divide en dos partes; en la primera se hace un estudio detallado de las necrópolis que van a constituir la base del trabajo: un total de 550 tumbas se distribuyen en seis necrópolis principales (Argos, Asine, Lerna, Micenas, Nauplion y Tirinto) y varias menores (Berbati, Dendra, Hereon de Argos). De todas ellas se hace un amplio estudio, con profusión de tablas, planos y mapas, y se distinguen los enterramientos correspondientes a cada uno de los períodos citados. Se llega a la conclusión de que cuanto más tardía es la época tanto mayor es el número de tumbas; las de la submicénica constituyen un 6 por 100 del total; las de la protogeométrica un 25 por 100 y las de la geométrica un 60 por 100. Ello parece abogar por un paulatino incremento de la población.

En la segunda parte de este capítulo se trata del emplazamiento de las tumbas (II 2), de la ordenación y utilización de las necrópolis (II 3) y de la elección del terreno para éstas (II 4). De todo ello se concluye que en época submicénica se enterraba aún en las tumbas de cámara micénica, pero también dentro de los propios poblados. En la época protogeométrica se hacen más raros estos enterramientos, casi siempre de niños, y predominan las tumbas aisladas y ordenadas en necrópolis en las afueras del poblado, ocupando en ocasiones las ruinas de casas micénicas. En la geométrica casi todos los enterramientos se hacen en necrópolis exteriores. En su localización no influye decisivamente la situación del poblado ni el tipo del terreno, sino la red de vías que confluían en la ciudad.

El tercer capítulo trata de las formas, disposición y utilización de las tumbas. Las de fosa se encuentran en los tres períodos, aunque en cantidad poco abundante (8 al 16 por 100 de cada uno de ellos); son simples zanjas excavadas en el suelo, que en algunos casos pueden complicarse con pavimentos de guijarros, revestimientos de barro o piedra y tapa. En ninguna se encuentra sarcófago de madera.

Las cistas son construcciones rectangulares de lajas de piedra verticales («Orthostatenkisten»), piedras menudas («Mauerkisten») o mezcla de ambas («Orthostatenmauerkisten»). Las hay de diversos tamaños, según se colocara el cadáver en posición estirada o encogida. El tipo de ortostatos es el más abundante, sobre todo en las épocas submicénica y protogeométrica. La de pequeñas piedras aparece en mayor número en la submicénica, y el tipo intermedio en el geométrico tardío, como variante local que en Argos sustituye al de ortostatos. Casi todas estas tumbas estaban tapadas con una o varias lajas de piedra. En los dos primeros períodos estudiados, los enterramientos en cistas alcanzan el 65 por 100 del total. En el tercero, una de cada tres inhumaciones se hace en una cista reaprovechada.

Los enterramientos en vasijas son frecuentes, sobre todo en época geométrica. Para los adultos se utilizan grandes vasijas (*pitthoi*), en las que el cadáver se introducía con los pies hacia el fondo; parece que los *pitthoi* ovales son más antiguos que los cilíndricos. Los niños se enterraban en ánforas o crateras.

Existen también otras formas de enterramientos: tumbas excavadas en la roca, un sarcófago de piedra, etc., que aparecen de forma esporádica y aislada.

Las tumbas se dispusieron, en su mayoría, para recibir un solo cadáver. Enterramientos dobles o múltiples son excepcionales. Es frecuente, sin embargo, la reutilización de tumbas anteriores, sobre todo cistas, en época geométrica.

Las tumbas estaban a un nivel inferior al del suelo, y, aunque la mayoría se han perdido, debían contar con piedras verticales hincadas a manera de estelas o pequeños túmulos de tierra o piedra que señalaran su emplazamiento.

El libro es, pues, una obra de conjunto muy interesante sobre las tumbas de la Argólida en los períodos que estudia. Cuando posteriores fascículos traten los aspectos que ahora se echan de menos —incineración, ritos funerarios, ajuares— y se obtengan conclusiones generales de todo ello constituirá una obra básica para el estudio de las necrópolis antiguas. A ello contribuyen las abundantes ilustraciones incluidas en el texto y la amplitud de la bibliografía y el aparato crítico.

LORENZO ABAD CASAL

VLACHOS, G. V.—*Les sociétés politiques homériques*. Paris, PUF, 1974, 400 pp.

El autor, como él mismo recalca en el prólogo y a lo largo de su obra, trata de desarrollar mediante un estudio previo de las dos epopeyas homéricas y las investigaciones arqueológicas las ideas políticas que subyacen en el fondo de la obra. No se propone dogmatizar, sino simplemente exponer ideas, realmente profundas y bien contrastadas. En las notas aporta todas las teorías de las que disiente y también aquellas con las que se identifica. Demuestra un profundo conocimiento de las ideas políticas de los más eminentes pensadores de la civilización occidental.

Empieza la obra con una introducción que localiza, espacial y temporalmente, las civilizaciones premicénicas, sin rehuir las distintas interpretaciones tanto históricas como filológicas de los temas que trata, aunque sea someramente.

Sostiene en la p. 10 que la escritura silábica debía seguirse utilizando hasta la introducción de la escritura fonética. De este modo se puede explicar muy bien la rápida expansión de la última, ya que el conocimiento de otro tipo de escritura facilitaría la difusión de la que vino a sustituirla por adecuarse mejor al griego.

Llega a la conclusión (pp. 11-18) de que los estados micénicos son estados administrativos con evidente tendencia al centralismo, pero que no hay ningún elemento de juicio que nos permita calificarlos de absolutistas, teocráticos y mucho menos feudales, por el hecho de contar con una organización burocrática y una estructura administrativa avanzadas.

Apoyándose en G. S. Kirk (*The Homeric Poems as History*, Cambridge 1965), centra los elementos sociales e instituciones homéricas como provenientes de: a) la edad de bronce reciente, período de la guerra de Troya y últimas generaciones del esplendor micénico; b) la época de hierro antigua, siglos XI y X, y c) la época de la composición de los poemas.

Entra en materia tratando de averiguar la «noción de humanidad» que tenía el poeta, valiéndose para ello de la contraposición de dos sociedades antitéticas: la protagonizada por los ciclopes, ejemplo de sociedad salvaje y sin ley, de donde se coligen, por todos los defectos que le atribuye, las cualidades que tenía la sociedad civilizada conocida por el poeta.

Como contrapunto a esa forma grosera de vida de los ciclopes está la sociedad ideal de los Feacios, utópica, donde cada pieza tiene una función armónica en el conjunto. Esta parece ser realmente la sociedad ansiada por la civilización jonia en la que el poeta estaba inmerso. Hay elementos que recuerdan la civilización micénica, como el palacio del soberano. Se fija el A. en instituciones tales como el Consejo de los Doce, en el que Alcínoo es el decimotercero, y el Agora o Asamblea del pueblo, además de en la forma monárquica de gobierno.

Después, partiendo de la concepción micénica del *pa-na-ka* y del *pa-si-re-u*, trata de clarificar y delimitar la significación precisa de estas dos palabras con sus respectivos verbos en Homero. Según el autor *ἀναξ* en el campo de la divinidad se aplica a todos los dioses del Olimpo a los que no se les califica de βασιλῆς. Se aplica a algunos personajes que no son soberanos y en ese caso quizá tenga la significación de «administrador» y ἀνάσσειν 'administrar'. Los personajes calificados de ἀναξ y que al mismo tiempo son soberanos tienen una nota característica y relevante: la τιμή.

Entre los βασιλῆς hay que distinguir una categoría especial, los σκηπτούχοι y se puede colegir que los reyes portadores de cetro son soberanos o, por lo menos, tienen una *auctoritas* legítima. Estudia el A. en este capítulo la función de los reyes en la sociedad micénica. No son representantes de la divinidad, ni dioses, sino que detentan un poder legítimo sometido a la justicia divina (θέμις) y que debe procurar la justicia para el pueblo (δίκη), de otra forma serían insolentes y caerían en la ὕβρις castigada irremisiblemente por la Μοῖρα.

A lo largo de todo el cap. III estudia las asambleas que se mencionan en la *Il.* y en la *Od.*, con especial profundidad el Consejo nocturno de *Il.* II 54 y ss. y la Asamblea que le sigue, II 74 y ss. En un estudio profundo y, a mi modo de ver, acertado de dos instituciones fundamentales en la política griega y que van a jugar su papel fundamental en la época clásica, Consejo y Asamblea, llega a la conclusión de que en la Asamblea popular no sólo se asentía a lo dispuesto por los aristócratas, sino que también se discutía como lo demuestra el parlamento de Tersites recriminando a Agamenón e invitando a los demás a sublevarse contra él y abandonarlo.

En el siguiente cap. (IV) hace un estudio descriptivo de los distintos reinos que formaban la alianza aquea, para terminar el último capítulo centrado en Micenas, con una reflexión sobre los conceptos de θέμις y δίκη.

Las notas son bastante abundantes y útiles, pero me parece que muchas de las ideas desarrolladas en ellas deberían estar insertas en el texto.

J. F. GONZÁLEZ CASTRO

AUTORI VARI.—*Contributi dell'Istituto di Storia Antica*. A cura di MARTA SORDI. Volume secondo. *Propaganda e persuasione occulta nell'antichità*. Pubblicazioni della Università Cattolica del Sacro Cuore. Milano, Vita e Pensiero, 1974. 159 pp.

Este segundo volumen (el primero apareció en mayo de 1973) compuesto por las investigaciones llevadas a cabo en el Seminario de Historia Antigua de la Universidad Católica de Milán, ofrece en su cubierta una sinopsis del enfoque

dad a sus diversos artículos. Su título general es *Propaganda y persuasión oculta en la Antigüedad*. Ante el desarrollo y solución de algunos acontecimientos históricos del mundo clásico, que plantea este grupo de investigación, uno puede preguntarse por qué ocurrieron precisamente así y no de otra manera. En nuestro mundo actual la existencia de medios de comunicación social presupone un influjo claro de la propaganda en la marcha de las sociedades. Pero, dentro de los limitadísimos medios de comunicación del mundo antiguo, ¿hasta qué punto existía el concepto de propaganda en los hechos que ocurrían? La esencia de la propaganda política radica en la presión ideológica o psicológica. El presente estudio no ha considerado, por tanto, propaganda cualquier forma de persuasión que utilice un racional cambio de opiniones. En esta premisa, que juzgamos básica, se han basado todas las aportaciones del presente libro. Manteniendo la afirmación de que el mundo griego y romano tenía conciencia de lo que era *consentimiento* frente a una propaganda, las doce contribuciones de este volumen tratan de mostrar el alcance de esta propaganda política en los sucesos históricos que estudian cada una de ellas.

Los artículos dedicados al mundo griego se resumen en: P. Ferrarese, «La expedición de Pericles al Ponto Euxino» (pp. 8-19); L. Gianfrancesco, «Aspectos propagandísticos de la política de los Treinta Tiranos» (pp. 20-35); N. di Gioia, «La unión entre Argos y Corinto» (pp. 36-44); M. Sordi, «Propaganda política y sentido religioso en la acción de Epaminondas» (pp. 45-53); G. Dipersia, «La nueva población de Mesenia en tiempo de Epaminondas» (pp. 54-61); C. Milani, «¿Mesenia, micénica?» (pp. 62-70); S. Fuscagni, «Aspectos de la propaganda macedónica bajo Filippo II» (pp. 71-82). En todos ellos está patente el empleo escrupuloso de las fuentes literarias. El estudio a fondo de las mismas pone ya de relieve la intencionalidad propagandística de sus diversos autores. Una revisión comparativa de ellas demuestra cómo idénticos hechos fueron presentados bajo diversos prismas que daban a su contenido relieves muy distintos. La oratoria, mayormente, la numismática, empresas colonizadoras como, vgr., la expedición de Pericles al Ponto, discutible históricamente, el sinecismo, el empleo adaptado de los oráculos, fueron en Grecia vehículos destinados mayormente a lograr ante el pueblo la glorificación de personalidades individuales y de gabinetes de gobierno, y laboraron por someter a éstos la masa de ciudadanos, no tanto en razón de móviles políticos estrictamente objetivos cuanto encaminados a satisfacciones meramente egocéntricas. Destacan, en nuestra opinión, dentro de la propaganda dirigida a la persona, las fotografías de Pericles y de Epaminondas, al igual que la presentación ante los ojos de los griegos de Filippo II. Pericles es el defensor de una política moderada y prudente basada en la hegemonía marítima de Atenas; la motivación de su obra es de clara «*ispirazione panellenica*». Por su parte, Epaminondas es un ejemplo de superioridad intelectual que tenía en sí la técnica psicagógica o arte de la persuasión. Gracias a éste y a su indiscutible valor también consiguió vencer en Leuctra y ser considerado como un *λεπὸν ἄνδρα*.

He aquí los estudios sobre temas romanos: G. Perotti, «Augustino, provocador del senado» (pp. 83-96); N. Criniti, «El empleo propagandístico del 'topos' catilinario en la Historia Augusta» (pp. 97-106); A. Pallavisini, «El cap. 22 de *Bellum Africanum* y la propaganda augústea» (pp. 107-114); C. Cogrossi, «El problema del discurso de Galba sobre la adopción de Pisón en las *Historias* de Tácito y la propaganda numismática» (pp. 115-122); M. Caltabiano, «La propaganda de Juliano en la carta a los Atenienses» (pp. 123-143). Se observa cómo la particular fisonomía

política del mundo romano a través de sus pasos: monarquía legendaria, república, principado e imperio, condicionó el arte de la oratoria como el indiscutible rey de la propaganda política, como arma para ganar la sanción popular y, por supuesto, la senatorial, hasta en los definitivos problemas de sucesión al Imperio no hereditaria, como es el caso de Pisón Liciniano. Interesante resulta el caso del emperador Juliano, que se sirvió para sus planes de una epístola llena de intención, documento propagandístico sin precedentes en la tradición romana. La carta combinaba, en un golpe de efecto, sentimientos personales, alusiones elegantemente irónicas a cortesanos concretos y exaltación de los valores militares para lograr la *captatio benevolentiae*. Ganar la partida frente a Constancio significaba también justificarse ante los filósofos, especialmente ante los círculos neoplatónicos griegos donde él se había formado y que predicaban una separación entre filosofía y poder.

Haciendo nuestras las conclusiones de este libro, diremos que la manipulación y propaganda en la antigüedad bien pueden girar en torno a la frase de Orwell: «Quien controla el pasado controla el futuro, y quien controla el presente controla el pasado». Este control está basado, obviamente, en la subjetividad, la cual representa para la historia un arma de doble filo. En la medida que la deformación de unos hechos históricos no es la natural y comedida impuesta por los propios límites humanos, sino deformación deliberada, subjetivismo errado al servicio de los intereses de un grupo o ideología particulares, la historia deja de serlo para convertirse en propaganda.

Resaltamos que la bibliografía moderna utilizada por los diversos articulistas es, en gran parte, de última actualidad, así como la sinopsis de las «tesis de laurea» sobre temas clásicos, leídas en el citado Instituto durante los cursos académicos 1970-73, que completa la presente publicación.

ELENA CONDE Y GUERRI

GUNDERT, HERMANN.—*Dialog und Dialektik. Zur Struktur des platonischen Dialogs*. Amsterdam, Verlag B. R. Grüner N. V., 1971, 166 pp.

El presente libro contempla el método de la dialéctica platónica en la conversación de sus diálogos. Se trata de una explicación complementaria a un programa esquemático aparecido en la disertación *Der platonische Dialog* (Heidelberg 1968). No es exactamente una interpretación de la obra de Platón, sino un intento de probar el método dialéctico en una exégesis, ejemplificada, de los diferentes diálogos. Como Stenzel («Literarische Form und philosophischer Gehalt des platonischen Dialoges», *Kleine Schriften zur griechischen Philosophie*, Bad Homburg 1966), cree Gundert que la dialéctica, término con que Platón designa la investigación propia de los filósofos, y el diálogo —forma literaria en la que aquella se manifiesta— tienen su origen en el estilo conversacional, es decir, tal y como Sócrates actuaba. El objetivo básico del trabajo de Gundert, más que analizar la mecánica interna del diálogo en sí, es ver que el diálogo en Platón no es sólo una manera artística y exterior de expresarse, sino la forma propia e interna de la dialéctica. Cuando esto se presenta por escrito, el diálogo platónico queda definido como una imagen de la conversación filosófica. Los medios empleados

por Platón para conseguir su propósito varían y determinan, así, la estructura dialógica en sus tres períodos. Sin embargo, a pesar de su valor indicativo, este trabajo, creo que debido, de un lado, a su concisión, y, de otro, al campo tan enorme que abarca (casi toda la producción platónica), no apura demasiado en lo que a técnicas formales de composición se refiere. No obstante, es perfectamente válido su intento de asir el carácter dialéctico del diálogo en elementos estructurales independientes para concretar, por una parte, la situación de la lengua y el carácter de los personajes y, por otra, observar su función correspondiente. Así, en la forma dialogada aparecerán, como dos aspectos de una misma realidad, filosofía y arte poético.

P. BÁDENAS DE LA PEÑA

BRISSON, L.—*Le même et l'autre dans la structure anthologique du Timée de Platon. Un commentaire systématique du Timée de Platon*. Paris, Klincksieck, 1974, 589 pp.

Frente a los comentarios analíticos del *Timeo* de Taylor y Cornford, Brisson nos ofrece en esta obra una lectura sintética, atenta a los problemas de detalle, pero interesada sobre todo por los principales elementos del diálogo y por su organización estructural en la cosmología platónica.

La estructura antológica del *Timeo* comprende los cuatro elementos que aparecen en el *Filebo*: demiurgo, ideas, medio espacial y mundo sensible. Cada uno de ellos implica el triple aspecto fundamental del ser, que Platón descubrió en el *Sofista*: οὐσία, ταυτόν y ἕτερον. La existencia sustancial, lo mismo y lo otro constituyen en la filosofía platónica las instancias ontológicas primordiales, que sólo pueden ser comprendidas en el marco de una estructura ontológica global. Por ello Brisson estudia sucesivamente el demiurgo, el mundo de las ideas, el medio espacial, el alma del mundo, el cuerpo del mundo, el hombre y la necesidad, relacionando el *Timeo* con otros diálogos y criticando las interpretaciones antiguas y modernas.

La crítica de los intérpretes del *Timeo* le permite una comprensión más profunda de este diálogo, porque Brisson, al rechazar diversas interpretaciones de la antigua Academia, del platonismo medio y del neoplatonismo, quiere resaltar un aspecto positivo, que consiste en mostrar los motivos de este rechazo, en especial la reorganización completa de la estructura ontológica del *Timeo* por los antiguos con la ayuda de instrumentos nuevos y bajo la influencia de presupuestos filosóficos diferentes de los de Platón. De esta forma descubre la doctrina verdadera de Platón, encubierta por el peso de teorías anacrónicas.

Cada capítulo comienza por un análisis detallado del texto, seguido de la evolución del elemento en cuestión a lo largo de la antigüedad, que Brisson relaciona con las interpretaciones modernas y contemporáneas, basadas, en su mayoría, en las antiguas. Después de estudiar lo esencial del elemento ontológico hace la síntesis de las diversas manifestaciones de lo mismo y lo otro a este nivel, relacionándolos con toda una serie de parejas de contrarios (idea/materia, bien/mal, verdad/error, proporción/desproporción, alma/cuerpo, círculo de lo mismo/círculo de lo otro, derecha/izquierda, etc.). Al final sitúa el elemento estudiado en la estructura ontológica global del *Timeo*.

Las perspectivas de este estudio son tan amplias que le brindan a su autor la oportunidad de tomar partido ante algunos problemas generales de la crítica platónica, como el de la doctrina no escrita de Platón, la evolución de la teoría de las ideas, la influencia oriental y órfico-pitagórica. En todos ellos es negativa la postura que adopta Brisson tras detallado análisis.

No podemos recoger aquí el rico contenido de este libro, nos limitaremos a resaltar las principales aportaciones de su autor.

1. Para Brisson es fundamental que la explicación cosmológica se funde en la metáfora del artesano, porque esto es postular la existencia de un mundo de formas inteligibles según el cual se modela un medio espacial indeterminado. El autor acepta principalmente la interpretación neoplatónica de que el demiurgo es un $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ separado, distinto del bien, de las ideas, del $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ del alma del mundo y del alma del mundo, situado entre el mundo de las ideas y el alma del mundo. Frente a los neoplatónicos defiende en el demiurgo dos funciones, contemplación y producción; en definitiva el demiurgo, por su carácter impersonal y colectivo, no puede considerarse un individuo, sino una función, el punto de unión entre las ideas y las cosas.

2. El *Timeo* presenta una teoría de las ideas idéntica a la de los demás diálogos. Los problemas que analiza fundamentalmente Brisson son dos: la participación de las ideas entre sí, que Platón resuelve mediante el ser, lo mismo y lo otro, abriendo así el camino de la dialéctica y escapando del dilema parmenídeo, y la participación de las cosas a las ideas, que Platón no resolvió completamente.

3. La noción de $\chi\acute{\omega}\rho\alpha$ se alcanza al término de un razonamiento necesario: la realidad sensible, distinta de la inteligible, de la que participa, debe aparecer en algo distinto de esa realidad inteligible. Brisson, mediante el estudio del doble empleo de $\epsilon\kappa$ y $\epsilon\nu$ referidos al medio espacial, señala los dos aspectos que lo caracterizan: la extensión espacial —aquello en donde aparecen los fenómenos— y el elemento constitutivo —aquello de lo que están hechos los fenómenos—, apartándose de esta forma de Taylor, Cornford y Ross, que identifican $\chi\acute{\omega}\rho\alpha$ y espacio. Es precisamente este aspecto constitutivo de la $\chi\acute{\omega}\rho\alpha$, según Brisson, el que le hace participar en cierta forma del ser.

4. Igual que Grube, Cornford, Cherniss y Hackforth, Brisson sigue de cerca la interpretación de Proclo sobre el alma del mundo como fuente del movimiento del mundo sensible y resultado de una mezcla del ser, lo mismo y lo otro. En el alma del mundo lo mismo y lo otro aparecen en tres niveles: ontológico, como ingredientes de la mezcla; psíquico, como círculos que aseguran el conocimiento inteligible (círculo de lo mismo) y el conocimiento sensible (círculo de lo otro), y epistemológico, como fundamento de la afirmación y de la negación.

5. Platón no resolvió el problema de la participación de las cosas sensibles en las ideas, y por lo tanto, afirma Brisson con razón, no hay que buscarle soluciones. El demiurgo es una solución parcial porque él no inaugura la participación, sólo la termina. Su labor es armonizar los cuatro elementos (fuego, aire, agua y tierra) «en la medida de lo posible», formando el cuerpo del mundo a partir de los cuatro sólidos regulares que delimitan el medio espacial. Pero Platón no pudo resolver —esto es importante— todos los problemas matemáticos que se le plantearon al intentar explicar la constitución del cuerpo del mundo.

6. En el capítulo sobre el hombre, Brisson estudia con detalle la teoría platónica del error y la verdad, del bien y del mal. El bien moral nace cuando el círculo de lo mismo en el hombre, imitando el del cielo, domina todos los

otros movimientos humanos, y por lo tanto es el resultado de la proporción entre los elementos humanos.

7. El universo, en definitiva, es una mezcla de razón y necesidad: la razón, gracias a la persuasión, consigue dominar a la necesidad. Ésta no tiene nada positivo, toda ella es negativa; es aquello de donde está ausente la razón, no es lo irracional, sino lo no-racional. «Ce terme ne signifie rien d'autre que l'activité purement mécanique et rigoureusement contraignante du milieu spatial déjà informé et mis en mouvement» (p. 477).

Brisson encuentra paralelismos notables entre la cosmología del *Timeo* y el mito del *Político*. En el mundo el orden y el desorden están unidos, pero Platón los ha separado en dos momentos: en el *Timeo* describe el paso del desorden al orden imaginando un estadio en que la naturaleza corporal está sometida a la necesidad pura, mientras que en el *Político*, al describir el paso del orden al desorden, imagina un estadio en que lo corporal está dirigido directamente por el demiurgo, Cronos. Para ello Brisson analiza el mito del *Pol.* en tres ciclos (Cronos, necesidad pura —al final del cual vivieron Atreo y Tiestes— y actual), afirmando que los dos primeros se oponen entre sí y que el tercero es la síntesis de los otros dos, la unión de la razón y la necesidad.

A pesar de lo sugestiva que es esta interpretación, creo que el mito no presenta tres ciclos, sino dos (Cronos y actual) que se repiten indefinidamente. Los elementos que Brisson atribuye al ciclo de Atreo-Tiestes pertenecen al de Cronos (*Pol.* 270 d 6-271 c 2) y al actual (272 e 3-273 a 1 y 273 a 7-273 b 2). De otra forma no se podría explicar por qué los dos primeros ciclos de Brisson se caracterizan ambos por los nacidos de la tierra en el ciclo vital, si en el cósmico se oponen, ni tampoco por qué Platón no dice una palabra sobre la situación social del hombre en el ciclo de Atreo-Tiestes. Además, el pasaje 273 e 2-4 es el comienzo de una nueva época de Cronos (cf. 273 d 4 θεός ὁ κοσμήσας αὐτόν) y no de la época actual, como cree Brisson.

ALBERTO DEL POZO ORTIZ

PADUANO, G.—*Il Giudice giudicato*. Bologna, Il Mulino, 1974, 239 pp.

Desde que en 1903 Fraccaroli inició con su obra *L'irrazionale nella letteratura* la interpretación psicológica, e incluso psicoanalítica de la literatura, diversos estudiosos del mundo clásico han adoptado igualmente esta perspectiva de aproximación y análisis literario, y a esta corriente interpretativa y metodológica responde plenamente el libro de Paduano. En efecto, en la presentación, el autor se confiesa solidario de las tesis de Orlando en *Per una teoria freudiana della letteratura* (Turín 1973) y afirma que el punto de partida central para analizar las formas cómicas es el estudio de Freud sobre el chiste (*Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*, VI, Frankfurt 1910; trad. castellana, *El chiste y su relación con el inconsciente*, Madrid 1969). Seguidor, pues, de esta metodología, el estudio se propone una lectura de las *Avispas* de Aristófanes «secondo parametri capaci di rendere conto dell' individualità poetica e teatrale di questa commedia», comedia que para P., a pesar de constituir uno de los momentos más significativos de todo el teatro clásico, se coloca fuera de la norma al estar concebida y estructurada bajo esquemas estructurales absolutamente atípicos.

La función del personaje central respecto a los otros y, en especial, respecto a las ideas básicas de la comedia, así como las delicadísimas relaciones entre la ideología política y la fantasía cómica son los argumentos esenciales de esta novedad estructural que P. analiza a lo largo de los siete capítulos de su estudio-lectura de las *Avispas*, que recupera «nell' ambigua poesia del comico, un sistema di opposizioni tra le forze repressive e i desideri repressi».

Es evidente que la aplicación de nuevos enfoques o prismas metodológicos a la interpretación de una obra literaria permite descubrir matices, relaciones, influencias e, incluso, significados o, cuando menos, reafirmar los ya evidenciados por la crítica literaria precedente. En el libro que nos ocupa, no creemos que se haya logrado ninguna aportación sustancial a la obra de Aristófanes, si bien la aplicación de los principios freudianos permite analizar algunos temas clave de la obra como el de la administración de justicia, el autoritarismo, las relaciones familiares y su ejemplificación en algunos pasajes con notable agudeza y precisión.

Ahora bien, algunas afirmaciones tajantes me parecen inexactas, así, p. e., en la p. 14, nota 17, se nos dice que «la sátira política es ciertamente el elemento diferenciador y definitorio de la comedia aristofánica frente a la más arcaica y que ésta es tanto una verdad histórica como una verdad subjetiva inherente a la poética de Aristófanes». Al no precisar P. qué entiende por comedia «más arcaica», me permito recordar que ya en Cratino la sátira política es un componente esencial de su obra y que un filólogo, aunque sea psicoanalítico, debe evitar los confusionismos. Por citar otro caso y seguir en el mismo paralelismo, en la p. 26, nota 55, si bien coincido con P. en la crítica a Dover, se alude a la crítica del comediógrafo a los excesivos pleitos que se incoaban en Atenas, pero no se tiene tampoco en cuenta la comedia anterior, en especial de Cratino, que ya había denunciado esta enfermiza afición helénica.

Es una lástima que el autor no haya redactado unas conclusiones a su trabajo y que, además de indicarnos sus pautas metodológicas, no haya incluido un vocabulario básico ya que, a veces, la lectura se hace notablemente oscura y difícil debido, precisamente, a una terminología más propia de ensayos psicoanalíticos que de los literarios o filológicos.

Conviene, por último, destacar el dominio que P. demuestra de su propia técnica y su buen conocimiento de la obra de Aristófanes y de algunos de sus más ilustres comentaristas, así como la solución que ofrece al debatido problema de la auténtica relación entre las dos partes de las *Avispas*, si bien es una lástima que P. no recoja la antigua hipótesis de B. B. Rogers (1875), replanteada en 1962 por C. F. Russo y detalladamente estudiada por G. Mastromarco en su reciente *Storia di una commedia di Atene* (Florenca 1974), sobre las incongruencias de las *Avispas*, debidas, como demuestra Mastromarco, a una reforma de última hora que supuso el cambio y añadido de unos 150 versos; el propio Russo ha demostrado un caso similar en las *Ranas* de Aristófanes en su *Storia delle Rane di Aristofane* (Padua 1961). Para P. ni el mundo de los tribunales, ni una especie de *Ringhompson* antifrástica de la temática inicial sirven para justificar la economía de la obra. A partir de su evolución que pasa por tres acontecimientos: la primera desilusión de Filocleón (agonal), el hundimiento de la ficción compensadora y el hundimiento de su inserción en la vida burguesa, puede buscarse la unidad de la comedia en el terreno de las relaciones familiares. Según sus mismas palabras: «La crisi dell' esperienza giudiziaria è anche un rientrare nella famiglia accentandone il condizionamento; il fallimento della finzione apre la via ad un' au-

bigua conciliazione; il fallimento di questa conciliazione viene interpretato e voluto da Filocleone come una revisione radicale dello stesso rapporto familiare».

EULALIA VINTRO CASTRILIS

BROCCIA, GIUSEPPE.—*Ricerche su Licio Andronico epico*. Università di Macerata Pubblicazioni della Facoltà di Lettere e Filosofia. Padua, Editrice Antenore 1974, 133 pp.

El libro cuya recensión nos ocupa contiene 133 páginas, índices incluidos, que el autor divide en tres capítulos, precedidos de una introducción y seguidos de una serie de conclusiones.

Pasando por alto la introducción, en la que Broccia recuerda los distintos trabajos en torno al desciframiento de los originales homéricos respecto a los fragmentos de la *Odussia* de Andronico, alabando los esfuerzos de Gottfried Hermann, Havet, Günther, Leo y otros, cuyas conclusiones y teorías el autor no estima definitivas, el libro en los tres capítulos que lo forman se distingue por su agudeza, sagacidad y profundo espíritu crítico.

En el capítulo primero trata de hallar, y a fe que lo consigue, una justa correspondencia e identificación de algunos fragmentos con los ejemplares homéricos, sirviéndole de base la edición de Morel.

Cuatro fragmentos de la *Odussia* ocupan todo el capítulo: el fr. 38: *neque tamen te oblitus sum, Laertie noster*; el fr. 9: *tumque remos iussit religare struppis*; el fr. 28: *parcentes praemodum*; y el fr. 27: *topper facit homines ut prius fuerunt*.

El autor, aun consciente de lo movedizo del terreno en que se desenvuelve, se muestra exhaustivo en la exposición de argumentos. Sus conclusiones, que Broccia no siente reparos en exponer en términos casi apodícticos, consiguen rebasar teorías de filólogos de primera línea como lo son Hermann, Warmington, Mariotti, Leo, Tolkien y otros.

No obstante, creo que contra la «ἀπόδειξις» de sus conclusiones hay algo contra lo que Broccia no puede lucrar ni mucho menos olvidar, por tratarse de algo incuestionable: el principio de que Homero se contamina con Homero, lo que es tanto como afirmar que un mismo pasaje homérico se reproduce en diferentes lugares; esto, con lo que hay que contar siempre en crítica textual de los poemas homéricos, no parece haber hecho demasiada mella en el ánimo de Broccia.

Su aportación en este primer capítulo representa un gran esfuerzo por demostrar lo que a veces parece indemostrable y ofrece al editor de Andrónico un material inestimable para el ordenamiento e identificación de sus fragmentos.

En el capítulo segundo el autor aborda el delicado tema de la interpretación escoliástica de la *Odussia* andrónica.

Los tres fragmentos que ocupan la atención de Broccia son los fragmentos 11, 22 y 30 de la edición de Morel.

En todos ellos rechaza la tesis mantenida por Fränkel que hace depender dichos fragmentos de los escolios M ad γ 237, V ad θ 379 Dindorf, p. 391, 3 s., y B y V ad τ 225, p. Dindorf 677, 8 s.

Muy convincentes me parecen los argumentos aducidos —lo que no significa mi total asentimiento a sus conclusiones— para rechazar una interpretación epi-

gonal y escoliástica a los fragmentos, lo que en no pequeña medida haría de Andrónico un traductor de traductores.

La vinculación de los fragmentos andrónicos con los epígonos y escolios es para Broccia pura sutileza sin fundamento y, lo que es más, innecesaria por cuanto es evidente su conexión con los propios versos de la *Odisea* homérica.

Es en este punto donde se enlaza con el capítulo tercero, «El traductor y la dicción formularia».

Estudia Broccia los fenómenos más complejos, que en principio parecían apartar a la *Odussia* de Livio de los poemas homéricos: las simplificaciones, las ampliaciones, el carácter alejandrino de la obra de Andrónico, los aspectos posthoméricos de su traducción y su romanización.

Lo limitado de mi recensión me impide entrar en detalles para examinar el desarrollo que el autor hace de todos estos problemas.

Para Broccia la traducción de Andrónico es fundamentalmente fiel. Para él las ampliaciones respecto al original obedecen más que al influjo de los epígonos y escolios al fenómeno de la «contaminación» a distancia, cual es el caso concreto de las designaciones patronímicas y matronímicas cuyo condicionamiento, según Ronconi, es debido a la técnica combinatoria de los poetas alejandrinos, teoría rechazada por el autor alegando que se trata de una mecánica especial por la que Andrónico intenta reproducir una «tipología peculiare del' epos omerico».

En resumen, la obra de Giuseppe Broccia, encerrada en la aparente simplicidad de 133 páginas, es un trabajo apretado, pletórico de ideas originales, dotado de un gran espíritu crítico en el que la seriedad y solidez de pensamiento valorizan todas y cada una de sus conclusiones, expuestas con «osadía» y sólidas razones y procurando no dejar resquicios por los que su pretendido dogmatismo en temas tan conjeturables e hipotéticos quede en entredicho y pueda desvanecerse.

Se trata, en definitiva, de un libro que debe resultar indispensable para aquel que afronte el siempre arriesgado empeño de una edición crítica fragmentaria del poeta tarantino.

Pisar tan fuerte como Broccia lo hace en un terreno tan movedizo como lo es el de la conjetura es ya un valor que nadie que lea este libro podrá negar a su autor.

MANUEL SEGURA MORENO

MELLO, M.—*Paestum romana*. Ricerche Storiche, Studi pubblicati dall'Istituto Italiano per la Storia Antica, Roma 1974. 179 pp.

El presente volumen está consagrado a Paestum en época romana. Se divide en dos grandes partes. En la primera se estudian todos los *nomina* y *cognomina* que de la ciudad se han conservado, haciendo una ficha de cada uno de ellos, señalando siempre las fuentes donde aparecen y la bibliografía que de ellos se ha ocupado. Son en total 191 individuos. Unas páginas de conclusiones del material presentado cierran esta primera parte. Ellas permiten conocer los gentilicios, la procedencia y el ambiente de donde llegaron a la ciudad, de muchos individuos. Mello ha realizado un gran esfuerzo para afirmar, hasta donde es posible, todo lo referente a los diversos aspectos de los habitantes con un buen manejo de todo tipo de fuentes literarias, epigráficas, numismáticas y de la bibliografía especiali-

zada. El autor, basado en los datos anteriores, pasa a examinar el poblamiento de Paestum y las relaciones de sus habitantes con Lucania, Campania y Roma. El establecimiento de la colonia romana en Paestum motivó la llegada de gran número de personas a la ciudad. En la segunda mitad del siglo I a. C. llegaron unos habitantes que ocuparon cargos importantes. Otro momento crucial en la vida de la ciudad fue la *deductio* de veteranos procedentes de la flota del Miseno, efectuada en el año 71 a. C. Mello es de la opinión que la procedencia de los primeros colonos del siglo III a.C. es incierta. Para los siglos siguientes Lucania y Campania y la propia Roma desempeñaron un papel importante, como centros de emigración, como se deduce del hecho de que los nombres de los habitantes de Paestum frecuentemente encuentran correspondencia en estas regiones, de lo que M. Mello presenta unos cuantos ejemplos. Frecuentes son los paralelos onomásticos entre Paestum y Puteoli. Particular interés tienen las páginas dedicadas a los esclavos y libertos.

En la segunda parte se estudian algunos aspectos y momentos de la historia de Paestum. El A. se fija en cuatro puntos importantes, destacando al principio las relaciones entre griegos, lucanos y colonos en Paestum, la organización edilicia, la acuñación y todo lo referente a la milicia. De particular interés es la discusión sobre el debatido texto de Estrabón V 4, 13. Mello discute y sopesa todas las numerosas tesis propuestas a la insalubridad de la ciudad debida al Salso, como causa de decadencia, pero se inclina a no ver una decadencia de la ciudad apoyado en este pasaje. Tesis nueva que ofrece el autor, pues el comportamiento de las aguas, más que condicionar la vida de la colonia, está por ella condicionado, lo cual parece más probable. Igualmente es muy aceptable que la afirmación del geógrafo no se refiere a su tiempo, sino a una época más antigua. Mello piensa en el siglo II a. C. para el establecimiento de una zona pantanosa, pues en estos años otras ciudades como Tarento, Sipontum y otras más de la Magna Grecia también presentan señales de depresión. La situación general debió de empeorar con la aparición del gran latifundio. Todas estas tesis las presenta Mello y parecen aceptables.

En el segundo capítulo de esta segunda parte se estudia la vida de la ciudad, ya en época imperial y en el Bajo Imperio, reuniendo todos los datos que sobre Paestum, al fin del Mundo Antiguo, ha podido espigar el autor.

Cierran el estudio dos apéndices.

No cabe duda de que el libro de Mello llena un vacío en la investigación y puede constituir un modelo para este tipo de trabajos.

J. M. BLÁZQUEZ

BERG, WILLIAM.—*Early Virgil*. University of London, The Athlone Press, 1974, 217 pp.

Este libro, como dice el mismo autor, viene a participar de los frutos de una centuria de la erudición de Europa y América sobre la interpretación de las *Bucólicas* de Virgilio. Difiere, en parte, de los estudios hechos hasta ahora por su enfoque original, aunque las conclusiones a las que llega el A. no sean excesivamente nuevas.

En primer lugar hace notar la existencia de unas tradiciones, ya literarias, ya religiosas, que influyen siempre en todo autor. Así, encuentra en poetas antiguos y modernos el uso de un paisaje pastoril para representar el lugar de inspiración y creación. Es éste un tema que trata de modo interesante. Le da un carácter general. Para desarrollarlo nos ofrece igual unos poemas de Robert Duncan que una cita de Hesíodo o de Safo.

Tal vez la aportación mayor de Berg ha sido valorar el uso que Virgilio dio a la tradición literaria y explicar cómo la adaptó a las necesidades de su peculiar desarrollo poético. Nos lleva a lo largo de las páginas de este libro a ver la transformación del mundo bucólico y del héroe virgiliano, que se va realizando en las nueve *Eglogas*. Toma como hilo de conducción para los fines que se propone al héroe Dafnis cantado por Virgilio. Le sigue en las sucesivas transformaciones a lo largo de estos poemas.

Comienza presentándonos al poeta y la poesía pastoril de la época helenística; las condiciones que se dieron para la universalización de la poesía y la dependencia del poeta de los nuevos gobernantes que surgían en aquellos tiempos.

En este mundo aparece Teócrito como escritor. Trata unos temas que toma, en unos casos, de la *Odisea*, y, en otros, de los mitos sicilianos. Los transforma y pasan a Virgilio, que les da su peculiar elaboración.

Comenta el contenido de los *Idilios* I y II así como sus fuentes antiguas, orientales en algunos casos, como en los antecedentes de Dafnis. En el *Idilio* I, cuyo tema es el lamento por la muerte de Dafnis, Teócrito ha dado a su héroe el papel de un boyero cuya muerte es un símbolo del misterio de la vida misma. El VII, *Las Talisias*, lo considera Berg como un poema programático, un consciente intento del autor para establecer su poética, para definir su arte.

Pasando al poeta latino, Dafnis no sólo dominó el paisaje bucólico de Virgilio, sino que llegó a ser su dios. La alegoría del poeta en el jardín de las musas que se encuentra en el *Idilio* VII, Virgilio la llevará a su expresión más plena.

Dedica Berg un capítulo al texto y traducción de las IX *Eglogas*. Para ello sigue la edición Sabbadini, eludiendo toda responsabilidad en elección de variantes. En cuanto a la traducción hace un gran esfuerzo por llevar la característica sencillez del estilo de Virgilio al moderno estilo americano. El mismo autor, no contento con su traducción, prefiere presentarnos el texto latino.

Resulta cómodo para la lectura de los siguientes capítulos el poder acudir a los mismos textos, bien sea en latín, o para los no iniciados en el latín, en una traducción aceptable en inglés.

A continuación ofrece un pequeño estudio de la estructura de las *Bucólicas*. Hace notar su plan simétrico, con una estructura numérica correspondiente a una estructura temática. Nos presenta un orden de composición distinto al orden numérico tradicional. Para todo ello tiene en cuenta las opiniones de Otto Skutsch y Van Sicle.

En una comparación del *Idilio* I con la *Egloga* I nos deja ver el diferente modo de entender el paisaje natural en la poesía helenística y en la poesía latina, a la vez que valora ambos puntos de vista.

Sigue analizando los temas comunes con la poesía helenística. En primer lugar, observa en Virgilio una mayor sencillez, pureza e ingenuidad en el tema del erotismo en la poesía pastoril.

Pasa a fijarse en la gruta como símbolo de la inspiración poética, con la incorporación de elementos dionisiacos. En la *Egloga* V, la cueva de los cantores tiene

elementos como la vid y los racimos. Contiene el numen de Baco. El pastor y el poeta tienen entre sus características la de ser un nuevo tipo de Dioniso.

Como Teócrito en el *Idilio* I, Virgilio nos ofrece un Dafnis más próximo a Prometeo; hace de él un benefactor y salvador de los hombres, de los pastores y de las cosechas. Nos lo presenta como el pastor ideal y, por tanto, como el poeta ideal.

En la *Egloga* VII, Dafnis es juez de una competición poética. Es el «maestro» Representa al género mismo y a la deidad presente. A través de la *Egloga* I y IX nos quiere hacer ver Berg la evolución del héroe virgiliano. Del héroe imaginario pasa a ser un héroe romano y el medio en el que se desenvuelve pasa a ser realidad concreta de la Italia cesariana. El autor pondrá, además, una gran esperanza en su futuro poético. Así, respecto a la *Egloga* IV, Berg, una vez resumidas las diferentes opiniones sobre el significado del *puer* que aparece en ella, emite su propio parecer. El *puer* para él es un aspecto nuevo y desarrollado del héroe pastoril virgiliano. Es un héroe deificado como Dafnis en la *Egloga* I. Como él es un héroe literario. Representa la esperanza del poeta en su propio futuro literario.

Termina con el resumen del contenido de las *Eglogas* VI, VIII y X, cuyos temas jugarían un papel importante en la obra más tardía de Virgilio. La transformación del mundo bucólico para Berg comienza en la sexta, se intensifica a en la octava y llega a ser completa en la décima. El héroe de ésta es Galo, que reemplaza a Dafnis puesto que el mundo llegó a ser más elegíaco que pastoril.

Nos encontramos una vez más con un libro que nos hace pensar en los temas planteados ya por otros autores a los que quiere dar un enfoque original. Cosa que logra en algunas ocasiones. Hace especial hincapié en el desarrollo del héroe virgiliano y nos muestra la adaptación que Virgilio hace de la tradición literaria a las necesidades de su creación poética.

En conjunto se lee con gusto y resulta interesante para todos aquellos que se interesen por las nuevas interpretaciones que constantemente están surgiendo sobre los temas clásicos tan debatidos.

Al final está enriquecido con una serie de notas correspondientes a cada capítulo, especialmente importantes por la bibliografía que nos brinda, abundante y actualizada.

MANUELA GARCÍA VALDÉS

SCHMIDT, ERNST A.—*Zur Chronologie der Eklogen Vergils*. Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse, Jahrgang 1974, 6. Abhandlung. Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1974, 72 pp.

En verdad que el progreso de los estudios clásicos en los últimos decenios ha sido muy grande. Si las humanidades clásicas pierden continuamente en cuanto estudio fundamental que se supone en persona culta, y las gentes saben cada día menos latín, por no hablar del griego, con fatales consecuencias para el idioma, la tradición literaria y hasta la ortografía, por otro lado es indudable que los especialistas saben mucho más y al encerrarse los filólogos en campos de delimitación

tación más reducida, hacen resaltar mejor relaciones e influencias literarias, precisan datos históricos y logran un conocimiento más completo y profundo.

Leemos ahora esta monografía sobre las *Bucólicas* de Virgilio y nos hallamos con datos nuevos sobre una colección de poemas que desde el principio ha estado en el centro de los estudios de gramáticos y filólogos. Tomando como base el fundamental artículo de K. Büchner en el Pauly-Wissowa, un libro del autor de la monografía que reseñamos (*Poetische Reflexion. Vergils Bukolik*, Munich 1972), así como un breve artículo del historiador norteamericano G. W. Bowersock sobre la fecha de la égloga VIII (*Harvard Studies* 75, 1971), emprende E. A. Schmidt un análisis de las fechas de las églogas que contiene novedades muy interesantes sobre la carrera poética de Virgilio.

La tesis de Bowersock es que, por una serie de razones, que se deducen de las fuentes históricas, no es Polión, sino César Octaviano, el personaje no nombrado a quien están dirigidos los versos de la dedicatoria de la *Égloga* VIII. Esto, que ya le era conocido a Servio en su comentario, lleva consigo un cambio de fecha, pues la campaña a que se alude no es la de Polión en 39 (que en realidad los historiadores han precisado recientemente que se limitó a pasar de Brindisi a Dirraquío y vuelta), sino la de Octaviano en 35 a. C.

Como la tríada de las *Églogas* VIII, VII y X es la más tardía en la composición, y ya se suponía por Büchner que entre la VI, última de las anteriores, y la *Égloga* VIII había pasado bastante tiempo, la consecuencia es que hay que alargar el período en que Virgilio se dedicó a componer su primera obra importante y hay que suponer el comienzo de las *Geórgicas* ya antes de la terminación de las *Églogas*. Así se comprende que el poeta, después de la *Égloga* VI, emprenda tras las huellas de Hesíodo el camino de la poesía didáctica, cuando aún los temas de las *Bucólicas* empapan ciertos pasajes de la *Geórgica* I.

Esta serie de deducciones lleva consigo la revisión de temas que parecían sólidamente arraigados en la historia de la literatura latina: la poesía *digna Sophocleu cothurno* no es la de Polión, sino la de Augusto, que sabemos por Suetonio que escribió, y no terminó, un *Ayax*.

E. A. Schmidt revisa cuidadosamente las referencias que se hallan en ciertas *Églogas* de Virgilio a otras de la serie, y sobre esta base confirma la cronología a que ya Büchner había llegado. Así la tríada II, III y V es anterior al año 40; a este año corresponde el cuerpo central formado por IX, I, VI y IV; las tres restantes corresponden a momento más tardío, el año de la fecha de VIII, el 35 a. C., cuando seguramente se edita la colección.

El autor completa sus conclusiones con la valoración de los temas arcádicos en esta última tríada, que son, después de la orientación más elevada de las *Églogas* VI y IV, con su *Ideductum carmen* y sus pretensiones en la esfera de *paulo maiora*, una vuelta a las primeras *Bucólicas*, colocando en los paisajes de Arcadia los cantos amebicos; de paso advierte que hay que guardarse de hacer resonar ya en la Arcadia virgiliana las cristalizaciones posteriores que en ella, desde Sanuazaro y aun Lope de Vega, fijaron el Renacimiento y el Barroco.

El *Épodo* IV de Horacio, como el angustiado final de la *Geórgica* I, corresponden cronológicamente a una misma época, y presuponen ya los dos primeros grupos de *Églogas*, pero no la tríada final, cuyas referencias a Arcadia deben entenderse, según E. A. Schmidt, como una respuesta a Horacio: Virgilio no pondrá la huida a las islas de los Bienaventurados, pero sí el refugio en el mundo arcádico.

Las combinaciones numéricas por las que los diversos grupos de églogas virgilianas dan sumas iguales de versos y se ordenan con cierta simetría pitagórica, son sin duda, dice E. A. Schmidt, el resultado del acoplamiento en la edición definitiva en libro. La división del trabajo de Virgilio en años dedicados a las distintas obras, tal cual aparece en la biografía tradicional (tres para las églogas, siete para las *Geórgicas*, once para la no terminada *Eneida*) es, según nuestro autor, cosa de Donato, en época bien lejana del poeta.

A. TOVAR

TRAINA, A.—*Lo stile «drammatico» del filosofo Seneca*. Bolonia, Pàtron Editore, 1974, 186 pp.

Bastante conocida es ya de todos los latinistas la colección publicada por Pàtron de Bolonia, bajo el nombre de «Testi e Manuali per l'Insegnamento Universitario del Latino», y con plena razón. En efecto, además de la traducción italiana de varios tratados de mérito probado (así, la *Geschichte der lat. Sprache* de Stolz y Debrunner, o la *Introduction au latin vulgaire* de Väinänen), esta colección nos lleva ofrecidas algunas interesantes obras originales, como *L'accento latino* de G. Bernardi Perini, una encomiable *Introduzione alla metrica di Plauto* de C. Questa, un sugestivo *La linguistica moderna e il latino* de G. Calboli, etc.

El director de la colección, Alfonso Traina, que fue también su inaugurador con la obra *L'alfabeto e la pronunzia del latino*, saca a la luz ahora un nuevo libro, para el cual no acertamos a encontrar calificativo adecuado. Desde luego, si alguno hay que le vaya bien, es el de «sorprendente»; y pensamos que el lector de estas líneas estará de acuerdo con tal apreciación, cuando se entere, por ejemplo, de que, pese a su extensión de 168 páginas, la obra propiamente dicha sólo consta de 32, esto es, las páginas 9-41.

Entre ellas se reparten dos estupendos capítulos breves, «Il linguaggio dell' interiorità» e «Il linguaggio della predicazione», que son de lo mejor que hemos leído sobre el estilo de Séneca. En el primero de ellos se centra el autor en un análisis del estilo a partir de los sorprendentes usos lingüísticos de Séneca por lo que se refiere a sintaxis y léxico. Lengua y contenido resultan ser más que nunca un todo inseparable, y Séneca hubo de innovar en la forma de expresión ya que su filosofía era nueva en Roma. Según Traina, «Lucrezio considera l'uomo nei suoi rapporti col cosmo, Cicerone nei suoi rapporti con la società...» (p. 11); ambos ejercieron un papel decisivo en la creación de un latín apto para expresar ideas abstractas, un latín filosófico; con Séneca, los tiempos han cambiado, y al propio tiempo las tendencias filosóficas: «Tocò dunque a Seneca foggiare il linguaggio latino dell' interiorità» (p. 11), porque fue precisamente él el primero y máximo cultivador de una filosofía interiorista en Roma. A partir de estas premisas, Traina estudia con detalle, y con indudable acierto, varios usos innovadores característicos de la prosa del filósofo cordobés.

Además de ello, la filosofía de Séneca tenía una meta pragmática: predicar esa interioridad como norma óptima de vida. También esto se refleja en su estilo, en especial en su modo de contruir la frase; en palabras de Traina, «la cellula stilistica di Seneca e della sua età è la frase, la *sententia*; nell' epoca di Cesare e

di Cicerone era stato il periodo; nell' epoca di Frontone sarà la parola» (p. 25). Por ello, es comprensible que el estilo sentencioso sea uno de los rasgos predominantes del senecano. Personalmente hemos notado su predominio incluso en el tipo de obra menos apta para admitirlo, las tragedias; cosa natural, si se admite el papel didáctico de éstas, como hemos propugnado nosotros (cf. A. Pociña Pérez, «Una vez más sobre la representación de las tragedias de Séneca», *EMERITA* 41, 1973, pp. 297-308, y «Finalidad político-didáctica de las tragedias de Séneca», *EMERITA* 44, 1976, pp. 279-301).

Como conclusión, Traina ofrece este resumen de sus apreciaciones: «Lo stile senecano riflette dunque un doppio e'opposto movimento: dall' esterno all' interno, verso la solitaria libertà dell' io —il linguaggio dell' interiorità; dall' interno all' esterno, verso la liberazione dell' umanità —il linguaggio della predicazione... In questo noi sentiamo la sua drammaticità» (p. 41).

A partir de la página 43, y hasta la 130, encontramos una «Documentazione» detalladísima, que desarrolla ideas y ofrece multitud de notas y aclaraciones sobre los datos en que se ha basado la construcción de los dos capítulos de que acabamos de hablar. Y hemos de preguntarnos: ¿para qué? Porque es indudable que raro será el lector que consiga leerlos, y poco el fruto que de tal lectura obtenga: hasta tal extremo se presentan deshilvanados, como mera documentación que son. Por otra parte, un sistema de numeración de párrafos, últimamente muy en boga, pero extrañamente aplicado en este libro, hace agobiante la tarea de intentar referir cada nota al pasaje concreto al que interesa, tarea que debe realizar el lector... En suma, no conseguimos encontrar explicación lógica para tan peregrina estructura.

En las páginas 131-157 se encuentra una riquísima bibliografía, que incluye los trabajos citados en la obra, en su mayoría en el apartado titulado «Documentazione». (Como dato anecdótico señalaremos que nos satisface observar que, al menos por lo que se refiere a Séneca, la investigación española ha traspasado muestras fronteras: A. Traina ha utilizado trabajos de J. C. García Borrón, J. Campos, J. Carreras Artau, M. C. Díaz y Díaz, U. Domínguez del Val, E. Elorduy, J. Oroz Reta, P. Palop, L. Robles y J. Zaragüeta.)

Completa el libro un apéndice, «Due note al *De breuitate uitae* (1, 1 e 18, 5)», publicado anteriormente en los *Studia Florentina Alexandro Ronconi sexagenario Oblata* (Roma 1970, pp. 497-506). A propósito de *De breu. uit.* 1, 1, comparado con *Salustio Jug.* 1, 1, se hace un valioso estudio sobre la influencia de Salustio en Séneca; y para el difícil pasaje 18, 5 se propone la lectura *si quis inferis sensus est, hoc gratissime ferens, quod ducebat, populo Romano superstite, septem aut octo certe dierum cibaria superesse*.

En resumen, libro muy útil para el estudio del estilo de Séneca, pero que peca un tanto de lo que podríamos llamar «deseo a ultranza de hacer un libro». Estimamos que sus jugosas 32 páginas centrales hubieran ocupado un puesto mucho más apropiado en una revista filológica, y probablemente alcanzado con ello mayor difusión. Por otra parte, ¿es del todo lícito en nuestro tiempo el llenar aún más las agobiadas estanterías de las bibliotecas de filología clásica, no con el producto resultante de la investigación, sino, además, con el detalle pormenorizado del desarrollo de la misma?

A. POCIÑA PÉREZ

BAUMAN, R. A.—*Impietas in Principem. A study of treason against the Roman emperor with special reference to the first century A. D.* München, C. H. Beck, 1974, 244 pp.

El libro que comentamos trasciende su propio título y los límites que el autor se ha trazado, para convertirse en un estudio de los principales problemas jurídicos del primer siglo del Imperio Romano, especialmente de los dos primeros emperadores.

Creemos que deben destacarse dos partes del libro: el examen minucioso y detallado de todos los textos antiguos que tienen relación con el tema y una exposición crítica de las teorías de los modernos investigadores. A estas dos tareas está dedicado el capítulo primero.

El capítulo segundo se ocupa de la *Lex Cornelia de iniuriis*. Nos parece correcta la opinión del autor, que la considera como sustituta de la *Lex maiestatis* en las épocas de abolición de esta última.

En el capítulo tercero se examinan dos cuestiones fundamentales en la actividad jurídica del Imperio: la validez del testimonio de los esclavos contra sus amos y el problema de los delatores. Mantiene Bauman que en los procesos de *maiestas* se utilizó el testimonio de los esclavos. Según el propio autor, ésta podría ser una de las claves que explican el interés de los delatores en someter a sus acusados a procesos de *maiestas*. Sin rechazar esta opinión creemos que siguen siendo válidas las teorías de Marsh y Rogers: el someter los procesos a la *maiestas* era un medio de atraerse la buena disposición de los tribunales y podía favorecer al delator.

En la última parte se estudian las relaciones de las prácticas ocultas y la *maiestas*. Aunque aquéllas no se incluyeron en ésta hasta los últimos siglos del Imperio, pudieron servir de cobertura para determinadas acusaciones en períodos de abolición de la *Lex maiestatis*.

El contenido del capítulo cuarto es la divinización del emperador. Demuestra el autor cómo el *Divus* era protegido por la *lex maiestatis* y las consecuencias que esto ocasionó en distintas cuestiones, como el derecho de asilo, la solidaridad imperial, etc. Ocupa una parte importante la divinización de Augusto y la influencia que juega en la consideración del emperador todavía reinante.

En los capítulos quinto y sexto, prescindiendo del *Divus*, se analizan los diversos procesos de *impietas in principem*. En el primero se examinan los de la época de Tiberio, con especial atención a los relacionados con Sejano; en el segundo, los de los emperadores siguientes. De esta forma podemos leer una revisión completa de los procesos más importantes del Imperio.

El problema del adulterio es el contenido del capítulo séptimo. Nos parece acertada la opinión de Bauman, el adulterio no estaba incluido de una manera legal en la *Lex maiestatis*. El hecho de que Tiberio permitiera el testimonio de los esclavos en los procesos de adulterio ha causado la confusión, dando a la *accusatio adulterii* el mismo estatuto que al *crimen maiestatis*.

Concluye el libro con un estudio de la abolición de los crímenes de *maiestas*. Se examina la actitud de los distintos emperadores ante esta materia. El caso de Claudio es el más importante. La tesis del autor es que en los momentos de su desaparición fue sustituida por otras acusaciones, como el *crimen parricidii*.

Como hemos dicho al principio, el libro está bien documentado y toda su

argumentación nos parece correcta y sólidamente fundada. Prescindimos de aspectos estrictamente jurídicos, ya que no son de nuestra especialidad, y vamos a fijarnos en matices filológicos.

Los textos, numerosos y correctamente interpretados, son analizados como si fueran homogéneos. El autor no tiene presente la diversidad de fuentes y de géneros literarios. No se puede dar el mismo valor a un pasaje de Tácito y a uno de Suetonio. Su concepción de la historia es muy diferente. Tácito debe interpretarse con sumo cuidado, sobre todo cuando habla de Tiberio, personaje que tanto desfiguró en su obra. Las fuentes literarias deben manejarse con reservas cuando se utilizan como testimonios históricos.

Nos hubiera gustado que se evaluaran las consecuencias que estas leyes pudieran ejercer en la vida política y en la actividad literaria. No debemos olvidar que los efectos de estas normas no se reducen a las personas que se procesan o a los juicios en que se aplican, sino que ejercen también una intimidación en las manifestaciones culturales y políticas de la época.

Estas dos observaciones personales no pretenden restar valor a una obra bien elaborada, agradable de leer y de interés para todos los que quieren conocer el primer siglo del Imperio y la actividad jurídica del Principado.

GREGORIO HINOJO

DUNCAN-JONES, R.—*The Economy of the Roman Empire*. Cambridge, University Press, 1974, XVI + 395 pp.

El libro cuya recensión hacemos está fundamentado en los trabajos de investigación que sirvieron al autor para la presentación de su tesis doctoral, y que fueron apareciendo paulatinamente en *Papers of the British School at Rome* entre los años 1963-65, cosa que advierte el autor en el prefacio. En este libro añade otros varios aspectos, y de este modo ofrece un conjunto bastante completo y coherente, aunque susceptible de algunas mejoras, como después veremos.

Divide el autor el libro en tres partes, a las que añade 17 apéndices y 17 tabulaciones.

La primera parte, «Riqueza y sus fuentes», está destinada a analizar un prototipo de senador, Plinio el Joven, que en su propia correspondencia ha dejado documentación abundante, si no suficiente, para poder hacer estimaciones aproximadas de su medio de vida, posesiones, ingresos, etc. Aunque se trate de un solo ejemplo, que siempre corre el riesgo estadísticamente hablando de no ser prototípico, creemos que el análisis de Duncan-Jones es acertado, y merece atención especial por poderse contraponer con los ingresos de los senadores de la época republicana estudiados recientemente por Israel Shatzman.

Asimismo, los estudios hechos por el autor a propósito de las inversiones en la agricultura y su rentabilidad, aunque particularmente pensamos que tal vez haya que revisar y aquilatar algo más algunas de sus estimaciones, no cabe duda de que están basados en un rigor científico verdaderamente encomiable.

La segunda parte examina los precios documentados por diferentes conceptos en dos regiones del Imperio Romano extensas y ricas: Italia y Africa. A estas

características, que reúnen por sí mismas las máximas garantías, hay que añadir que la documentación es la que presenta mayor índice de objetividad, la epigrafía. Por todo ello, los capítulos 3 y 4, que casi componen esta segunda parte, son del máximo interés.

Una vez más hay que hacer referencia al rigor científico desplegado por Duncan-Jones: el prudente pero continuo uso de la estadística como ciencia eficazmente auxiliar para este tipo de trabajos, y la evidencia sumamente ilustrativa resultante de la comparación de dos regiones ciertamente diversas como Italia y Africa. Todas estas cualidades hacen que la visión obtenida por Duncan-Jones ofrezca las mejores garantías de fiabilidad. Un solo pero nos atreveríamos a sugerirle: que utiliza solamente los datos «precisos» y abandona todos aquellos que no dan cifras exactas y que por ser muy abundantes en ambas regiones hubieran permitido ampliar la muestra estadística. La perspectiva hubiera adquirido bases más firmes, aunque se hubiera sacrificado un poco la precisión, que así es prácticamente la máxima que se puede tener.

Se completa esta segunda parte con un análisis de los datos proporcionados por la novela, que aunque no tengan la misma garantía que los datos epigráficos tampoco son despreciables, y que Duncan-Jones analiza con su característica seriedad, lo que permite redondear la visión hasta aquí obtenida. Consecuentemente, esta segunda parte constituye el núcleo central del libro y ofrece una panorámica sumamente interesante de la economía del Imperio Romano, sobre todo en su parte occidental.

La tercera parte, destinada a estudiar la «población y política demográfica», es, por una parte, el resultado del análisis llevado a cabo sobre la economía de Africa y de Italia a través de sus inscripciones, y por otra, el resultado de la política imperial reflejada en las donaciones «alimentarias» destinadas a sufragar el sustento de niños, política coadyuvada por algunos particulares tanto en Italia como en Africa, con donaciones cuyos fines eran exactamente los mismos.

La estimación de las poblaciones de los centros urbanos es una cosa que nos parece difícil, pero, no obstante, Duncan-Jones procura hacerla con todas las reservas y aprovechando los datos que le parecen más objetivos. Aunque puede hacerse alguna observación, el mérito de su método es también inimitable.

Lo mismo cabe decir a propósito de la organización intrínseca de dichos centros urbanos, con la documentación de términos que a veces parecen contradictorios, como son los de *curiae*, *populus* y *plebs*, pero el objetivo planteamiento de la cuestión ya deja mucho hecho, y aunque con su conclusión puedan surgir discrepancias, esto no resta el más mínimo mérito, porque cualquier estudioso tendrá que tener delante la obra de Duncan-Jones para cualquiera de estos aspectos.

Nos parece que su interpretación de los «alimentos» como medio de incrementar la población es la acertada frente a quienes piensan que se trata de una medida económica, y en conjunto también esta tercera parte está muy lograda si bien circunscrita al Alto Imperio, aunque ésta es una observación que puede generalizarse para todo el libro.

Y por fin haremos una referencia a los apéndices, que cubren los más diversos aspectos, desde distintos aspectos de los *alimenta*, a precios de la tierra en Africa, precios de esclavos en Roma e Italia, consideraciones sobre el índice de conservación de inscripciones, criterios para datarlas, distribución cronológica, incluyendo uno sobre los precios del Edicto de Diocleciano y el coste de transporte.

En suma, y aunque estos apéndices tratan de aspectos que a veces pueden parecer desconectados con el tema principal de la obra, proporcionan datos sumamente interesantes que completan la visión antes adquirida, y de ahí que deban considerarse como lo que son, esto es, como complementarios. Algunas de las consideraciones que el autor hace pueden dar pie a la polémica, pero esto es una característica casi general de lo que compete al mundo antiguo.

Las tabulaciones incluidas son parte integrante del trabajo realizado y cumplen su papel de base de trabajo y al mismo tiempo de cuadros sumamente gráficos.

Se completa el libro con la bibliografía correspondiente y el índice (de nombres comunes y propios); creemos que es actualmente el libro que, sobre todo para el occidente romano, ofrece la visión más completa. Si acaso conviene recordar que la documentación manejada pertenece en su mayor parte al Alto Imperio, mientras el Bajo está escasamente representado.

JOSÉ L. RAMÍREZ SÁDABA

RIESER, MAX.—*Messianism and Epiphany: An Essay on the Origins of Christianity*. Philosophical Currents vol. 9. Amsterdam, B. R. Grüner B. V., 1973. 98 pp.

Este breve ensayo constituye un interesante esfuerzo de interpretación de múltiples datos dispersos en los escritos de las primeras generaciones cristianas. El autor parte del convencimiento de que el Cristianismo no ha sido la obra de un único fundador, sino el resultado de una empresa colectiva llevada a cabo en los estratos más bajos de las clases medias, a lo largo de tres siglos, hasta el reconocimiento oficial por Constantino.

En la génesis y primer desarrollo del Cristianismo hay un hecho capital: la expectativa mesiánica que se detecta tanto en los medios judíos como en los grecorromanos. La elaboración progresiva de una respuesta a dicha expectativa suscita y orienta, en los primeros escritores cristianos, la presentación de la figura de Cristo y de los principales acontecimientos de su vida, la asimilación de doctrinas o el enfrentamiento a ellas, la estructuración y el sentido de los ritos cristianos, la ética propia de la nueva fe y hasta la misma simbólica de los nombres de personas y lugares. Un giro hacia una nueva comprensión del mesianismo, bajo la influencia de los medios helenistas, posibilitó el desarrollo de la fe cristiana, que hizo de él un elemento central con su milagrosa epifanía y su sorprendente promesa de vida eterna.

El libro está escrito con vivacidad y suscita el interés desde las primeras líneas. Son frecuentes en él las ideas sugerentes y las interpretaciones originales. Su principal mérito consiste en el intento, suficientemente logrado, de situar los testimonios y documentos cristianos en el marco sociopolítico y religioso en que fueron escritos y del que son tributarios. De este modo, y a través de múltiples datos, pone el autor de manifiesto la génesis colectiva del Cristianismo y el esfuerzo progresivo de múltiples creyentes en la elaboración de un nuevo sistema doctrinal y religioso. La obra es de carácter sintético y deja traslucir un amplio conocimiento del medio y la época en que el autor centra su interés.

Sin embargo, suscita algunas reservas. Son frecuentes las afirmaciones de carácter general que el autor se limita a formular sin aducir ninguna prueba de ellas; lo mismo sucede con otras interpretaciones que disienten de estudios exegéticos comúnmente aceptados y cuya prueba sería difícil, dadas las fuentes de que disponemos. Metodológicamente nos parece un error el uso de textos dispares por su origen, medio, época y género como si formasen un *corpus* uniforme del que se pudieran tomar datos indistintamente y sin una previa labor crítica. Algo semejante puede decirse de varias comparaciones (vg. con Edad Media, con Budismo, etc.) que no siempre resultan iluminadoras y que constituyen una extrapolación o un anacronismo. Por último, hubiese sido deseable, aun tratándose de un ensayo, un mayor rigor en no mezclar afirmaciones de valor tan desigual como argumentos *ex silentio*, meras hipótesis, interpretaciones sólidamente fundadas en estudios exegéticos o simples sugerencias de propia inspiración.

Incomprensiblemente, el autor ha omitido todo índice y división de materias, así como las referencias a una bibliografía que sin duda conoce y emplea.

A. BARCALA

LO CASCIO, F.—*La forma letteraria della Vita di Apollonio Tiano. Quaderni dell'Istituto di Filologia Greca della Università di Palermo. Palermo 1974. 99 pp.*

Lo Cascio cita preliminarmente una observación de P. Leo, en su clásico estudio sobre el género biográfico en la antigüedad, acerca del ambiguo carácter de la obra de Filóstrato. Luego precisa:

«La presente investigación, tras haber distinguido del esquema biográfico tradicional las digresiones que enriquecen su cuerpo sin alterar su sustancia, se propone poner en evidencia y subrayar en la narración los motivos que la conectan, bien a la aretología helenística, bien a la posterior hagiografía, y que confiere a esta obra una peculiar fisionomía, haciendo de ella en cierto modo un *unicum* en el cuadro de la biografía antigua». (No sé por qué razón Lo Cascio llama «operetta» —que hemos preferido traducir 'obra'— a un escrito de la amplitud e importancia de la *Vida de Apolonio*.)

La investigación tiene, pues, un tema preciso y atractivo, ya que la obra de Filóstrato posee una notable riqueza de motivos, y se halla situada, efectivamente, en un contexto histórico-literario donde, bajo esquemas formales heredados de la tradición, latan nuevas inquietudes. La obra está dividida en cuatro apartados: 1, «Los *excursus* en la *Vita*» (pp. 11-29); 2, «esquema de la *Vita* y su historicidad»; 3, «Influjo de la Aretología en la narración de milagros»; y 4, «La *Vita* del Tiano como precedente de la hagiografía». Hay una notable conexión entre los dos primeros capítulos y entre los dos últimos. Se empieza por desbrozar la biografía de esos añadidos retóricos, tan del gusto de la época de la Segunda Sofística. Lo Cascio señala y clasifica (pp. 245 y 22) esos *excursus*, al tiempo que recuerda oportunamente el antiguo estudio de H. Rommel (1923), donde se trataba de los *excursus* paradoxográficos en Filóstrato, Heliodoro y Aquiles Tacio, y los más recientes trabajos de Giannini sobre la paradoxografía griega (1964). Una vez apartados estos añadidos, el autor traza un claro esquema de la biografía (cf. p. 37),

que luego comenta con habilidad y precisión. Estas páginas centrales (pp. 37-52) forman el núcleo del trabajo sobre la forma literaria de la obra analizada.

La *Vita de Apolonio de Tiana* no se aproxima a las novelas de la época, sino que es formalmente una biografía, pese a algunas coincidencias, nos dice Lo Cascio (p. 28 ss. y 51 ss.). Sobre el acercamiento propuesto por algunos estudiosos podríamos añadir algún dato: P. Grimal tradujo esta biografía como un ejemplo entre los *Romans Grecs et Latins*, París 1958 (de él depende la trad. esp. de Bergua, Madrid 1965). Y en la versión más reciente que conocemos a una lengua moderna, la inglesa de C. P. Jones («Penguin Classics», 1970) dice G. W. Bowersock: «It is an elaborate and romantic novel, picaresque, with a historical context, and generously equipped with exotica» (id. p. 15). Ya Reardon (1971), al que cita Lo Cascio, había rechazado la inclusión de la *Vita* entre las novelas, por faltarle el elemento crótico. Pero parece mucho mejor basar tal rechazo en la afirmación de que el esquema fundamental de nuestra obra es el de la biografía histórica, como se hace aquí claramente.

Sobre la historicidad de la *Vita* el autor se apoya básicamente en el amplio estudio de P. Grosso (publ. en *Acme* 7, 1954, p. 333 ss.), para una valoración positiva. En el prólogo, muy inteligente, de G. W. Bowersock que hemos citado hace poco, éste, uno de los mejores conocedores de esa época histórica, vuelve a mostrarse muy escéptico (cf., id., pp. 17-19) sobre el manuscrito de Damis, testigo esencial de la vida y milagros de Apolonio.

El capítulo III trata de la atribución de múltiples milagros a Apolonio. La inclusión de estos motivos, episódicos y sintomáticos, en la biografía de Apolonio da a ésta un carácter singular y la convierte en un precedente de la hagiografía. Lo Cascio recurre a la confrontación con ejemplos de milagros de la colección aretológica publicada por V. Longo (Génova 1969) y a los antiguos y casi clásicos trabajos de R. Reitzenstein y O. Weinreich para subrayar lo tópico y típico de tales hechos mágicos, atribuidos, con una cuidadosa gradación, a nuestro personaje. (Como se sabe fue éste uno de los puntos que más han atraído la atención sobre la obra de Filóstrato, y sobre la confrontación de Apolonio con Cristo, desde la reacción pagana del siglo III en época antigua, y desde el libro de F. C. Maur, *Apollonius von Tyana und Christus*, 1832, en época más reciente.) Sobre el tema de la derivación de la «vida de filósofo» a la «vida de santo» aporta el autor de este estudio algunas observaciones claras en el cap. IV, donde destaca el interés de los precedentes trabajos de A. Priessnig (1930) y de J. List (sobre la *Vida de San Antonio*, por San Gregorio; en 1930), y del libro de R. Aigrain sobre *L'hagiographie. Ses sources, ses méthodes, son histoire*, París 1953.

Creemos, pues, que el estudio de Lo Cascio tiene el evidente mérito de su temática (acaso sugerida por el profesor Lavagnini, a quien la obra está dedicada, quien tan sagaz ha sido para la literatura de la época) y el mérito no menos notable de su claridad en la exposición, escueta e inteligente.

De reprocharle algo ha de ser su brevedad, ese ceñirse al tema tan excesivamente. Bien poco se nos dice aquí de Filóstrato, ni como figura histórica ni como escritor. El libro de T. Mantero, *Ricerche sull'Heroikos di Filostrato* (1966), citado en la bibliografía y alguna vez en el texto, podría haber sido utilizado con mayor amplitud (por ejemplo, para subrayar el romanticismo y la influencia heroica en la *Vita*). El de Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire* (Oxford 1969), no está siquiera citado en la bibliografía. También podría haberse mencionado el de Dodds, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, 1965, o el más concreto

de R. Soder, *Die apokryphen Apostelgeschichten und die romanhafte Literatur der Antike*, Stuttgart 1932. Y sobre análisis literario creo que le podía haber sido útil el de T. Hägg, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances*, Estocolmo 1971. (Sobre el tema mismo podría añadir en la nota bibliográfica los artículos de Th. Hopfner, «Apollonius von Tyana und Philostratus», *Seminar Kondakov* 4, 1931, p. 135 ss.; y de B. A. von Groningen, «Apollonius de Tyane», *Bull. de la Fac. de Lettres de Strassbourg*, 30 1951-52, p. 107 y ss.)

C. GARCÍA GUAT,

CUPANE, CAROLINA.—*Eros Basileús. La figura di Eros nel romanzo bizantino d'amore*. Palermo, Presso L'Accademia, 1974, 54 pp.

En este breve estudio (extraído de los *Atti dell'Accademia di Scienze, Lettere e Arti di Palermo*, 1973-74, parte II, Fasc. II, pp. 243-97), la autora analiza la representación de Eros en la novela de Eustacio Macrembolita, *Ismínias e Ismíne*, y luego (p. 282 y ss.) en las posteriores de *Bellandro* (siglo XIII) y *Libistro* (siglo XIV). Con buen sentido crítico, la autora intenta destacar cómo el novelista bizantino ha recogido algunos influjos de la novelística románica contemporánea, transportados por los cruzados francos al ámbito cultural de Constantinopla, y los mezcla con las influencias de la tradición clásica. Esto puede mostrarse en algunos puntos fundamentales: «transformación del Eros alejandrino, niño, voluble y caprichoso en el Dios del Amor, soberano entronizado en medio de su corte; introducción del procedimiento de la visión amorosa que activa el paso de la alegoría estática a la dinámica; recurrencia al uso de la personificación psicológica para expresar plásticamente un conflicto de sentimientos, y, en fin, trasposición de un episodio entero, sacado de un poemita francés contemporáneo (El *Fablel dou Dieu d'Amors*), a la trama de la novela» (p. 280).

Como la autora indica, no se trata tanto de un análisis de pura *Quellenforschung* como de explicarnos el desarrollo de un motivo, aludiendo a su evolución a partir de la herencia clásica y las influencias de la poesía alegórica francesa contemporánea, reelaboradas por el novelista bizantino. Las muy abundantes notas bibliográficas, citadas pertinentemente, apoyan el análisis, que se basa tanto en referencias iconográficas como en textos literarios. La autora, discípula de B. Lavagnini, conoce bien los estudios sobre los diversos motivos, que remontan a la lírica clásica («el amor invencible en el combate»), a la poesía helenística (Apolonio, etc.), a las novelas sofisticadas (las «ekphrasis» retóricas) y a la literatura francesa medieval.

El estilo expositivo es claro y crítico, y sus sugerencias son sensatas. Así, por ejemplo, me parece atinada la de que tal vez el tema no provenga en Eustacio de un influjo directo ni demasiado preciso del *Fablel* citado, sino de una fuente común (dado lo incierto de la cronología y lo tópico de algunos temas en la narrativa cortés francesa) (p. 280); aunque sea una sugerencia hipotética.

En conjunto, es interesante esa reinterpretación de viejos motivos suscitada por nuevos influjos. Del mismo modo algunos ecos clásicos fueron reinterpretados en la joven literatura romántica francesa por influencia de la lírica trovado-

resca. Más en concreto, al detectar un influjo directo de la literatura francesa sobre la novela bizantina, esta aportación habría de ser tenida en cuenta por los estudiosos de esa literatura.

CARLOS GARCÍA GUAL

DUCHEMIN, J.—*Prométhée. Histoire du Mythe, de ses Origines orientales à ses Incarnations modernes*. Paris, Les Belles Lettres, 1974. 218 pp.

Con este volumen se abre una «Colección de estudios mitológicos» que publica el Centro de Investigaciones Mitológicas de la Universidad de Paris-X, bajo la dirección de la autora. Hoy día, en que la mitología es un centro de interés en que se encuentran historiadores de la religión y la literatura, etnólogos, psicólogos y tantos estudiosos más, la iniciativa de esta colección nos parece muy encomiable. Y se inicia con buen pie, pues el presente estudio sobre Prometeo aporta novedades muy importantes y es susceptible de despertar un vasto interés.

El tema invitaba a una nueva investigación, pues los nuevos materiales de que hoy disponemos sobre las mitologías mesopotámicas hacían posible un avance mucho mayor que el realizado cuando solo con la mitología india se podía comparar la griega. En realidad, dentro de los estudios sobre mitología y religión griega, Prometeo había quedado últimamente un tanto abandonado, si se exceptúa el libro de L. Séchan de 1951. Ahora esta laguna queda ampliamente colmada.

Más que en la India, Mme. Duchemin ve, con razón, las fuentes del mito de Prometeo en la mitología mesopotámica, que se remonta a los sumerios y acadios. En el *Poema babilonio de la Creación* es el dios Enki-Ea (nombres sumerio y acadio, respectivamente) el que, tras largas discusiones entre los dioses, da forma al ser humano, a base de arcilla del suelo. Enki-Ea es, además, el protector de la humanidad, pues, cuando los dioses enviaron el diluvio para aniquilar a la especie humana, fue él quien advirtió a Atrahasis para que salvara a la humanidad y a los animales construyendo un barco. Se trata del prototipo de la historia del diluvio y Noé en el *Génesis*, del diluvio y Deucalión, hijo de Prometeo precisamente, en el mito griego.

Son estos temas los que son presupuestos por Hesíodo, en el cual el tema de Prometeo aparece asociado a la historia de las generaciones divinas, que procede del mismo ciclo mitológico mesopotámico: concretamente del *Enuma Elish* y el *Poema de Kumarbi*. Ni faltan en dicho ciclo huellas de relación de Ea con el fuego, como en el caso de Prometeo.

La autora desarrolla en detalle esta temática y hace ver que las diferencias que en Grecia existen respecto a ella tienen que ver antes que nada con el hecho de que aquí la creación del hombre se concibe como el moldeado y cocido de estatuillas de barro, de lo que se deduce que el dios creador ha de ser por fuerza, al propio tiempo, un dios del fuego.

Todo esto extrañará a algún lector para quien Prometeo es, antes que nada, el dios del fuego y de las artes, como en Hesíodo y Esquilo, pero no un dios creador. Pues bien, uno de los méritos principales del presente libro consiste en hacer ver este carácter original de Prometeo como dios modelador de la humanidad;

papel en el que compete, como igualmente en el de dios del fuego y de las artes, con Hefesto, a quien Zeus encomienda en Hesíodo la creación de Pandora, la primera mujer. En el *Protágoras* de Platón, en numerosas fábulas esópicas, en Luciano, sobre todo, ese papel creador de Prometeo resulta claro. Y queda muy bien iluminada la rivalidad de Prometeo y Hefesto en los mitos, así como la tendencia a sustituir al primero por el segundo en la Atenas del siglo V a. C. Es particularmente importante, y acertada, la valoración de la fábula como depositaria de antiguas tradiciones mitológicas.

De esta manera, los datos un tanto aislados y enigmáticos que nos transmiten Hesíodo y Esquilo cobran un sentido mucho más claro, al tiempo que se pone de relieve la aportación de estos poetas, sobre todo del segundo, para hacer pasar a Prometeo, de un dios artesano y creador de seres vivientes, a un protector y salvador de la humanidad, un héroe civilizador en conflicto con fuerzas oscuras y tiránicas. El libro da en traducción pasajes esenciales de los poetas que se ocupan del mito de Prometeo, cuyos desarrollos ideológicos sigue paso a paso desde Hesíodo a la época contemporánea.

Pero, volviendo al Prometeo de los mitos y cultos de las ciudades griegas, al Prometeo previo al magnificado por los poetas, es muy interesante la utilización por la autora de los temas prometeicos de la comedia, el drama satírico, la fábula y la cerámica para hacer ver cómo era el Prometeo popular —semejante, por otra parte, al Hefesto de una serie de mitos—. Ambos son dioses artesanos «que encadenan» y están provistos de poderes mágicos. Son dioses populares que aparecen con frecuencia en unión de los sátiros y que presentan aspectos incluso cómicos y burlescos. A los datos de la autora se podrían añadir otros sobre Hefesto, así el anforisco de Atenas en que este Dios es conducido ebrio al Olimpo por Dioniso y los sátiros o los vasos de los Cabiros. Son patronos de actividades humildes, como la cocina, la cerámica, la fabricación de objetos de bronce. Están próximos a los sátiros y demás divinidades propias de una religiosidad preolímpica y arcaica. Y, sin embargo, es de este ambiente de donde Prometeo fue sacado por Hesíodo, por Esquilo, por Platón, para hacer de él un símbolo dotado de más futuro que los dioses de la religión oficial.

Este camino seguido por Prometeo de Hesíodo a la época contemporánea es el otro centro de interés del libro de Mme. Duchemin, aparte del constituido por la investigación de los orígenes. El mito del dios primero creador, luego amigo de la humanidad, y esto en lucha con el dios más poderoso, tiene una propia *dynamis* que le hace evolucionar en los más diversos sentidos. Para Tertuliano, Prometeo es símbolo de Cristo y esto se desarrolla en un drama moderno de Edgar Quinet, *Prométhée* (1838). Pero en general la línea de evolución de Prometeo, la que pasa por Goethe y Shelley, le convierte en un hombre, en un símbolo de humanidad. En Goethe, Prometeo es ya un hombre que se sacrifica por la humanidad: así en su drama incompleto *Prometeo*, no publicado hasta 1833. Y Pandora, en su *Pandora*, es la mujer enviada al hombre para su salvación, con reacción contra Hesíodo.

Pero es en Shelley donde, en el *Prometheus unbound*, el tema, como es sabido, culmina. La autora nos hace ver, a través de largas citas y de precisos comentarios, el desarrollo de los temas románticos del amor y del destronamiento del tirano Zeus, dándose un paso más allá de Esquilo.

La autora no deja el tema de Prometeo en Goethe y Shelley, sino que lo investiga en la literatura francesa de los siglos XIX y XX. Habla de la trilogía de Prometeo «reconstruida» en 1895 por Péladan y en la cual la mitología antigua es puesta al servicio de una tesis: se nos presenta la revuelta humana delante de la injusticia y la existencia de un dios de bondad superior a Zeus. En cambio, en 1897, Roger Dumas publica un poema, *Prométhée*, casi desconocido en el que se explota otra posible faceta del mito: los hombres, liberados de los dioses por Prometeo, prefieren seguir rindiéndole culto. Es una posición pesimista del poeta respecto a ciertos valores puramente racionales. Por la misma época, en 1899, Gide publica su *Prométhée mal enchainé*, presentación sarcástica del mito, que deja ver la desconfianza del autor en la humanidad. Y hay otras presentaciones del mito todavía.

Echamos de menos, solamente, el tratamiento del mito fuera de Francia en los siglos XIX y XX. Es éste un estudio que queda pendiente. Por lo que se refiere a España, nos limitamos con apuntar al *Prometeo* de Pérez de Ayala que, sin desarrollar propiamente el mito, lo utiliza simbólicamente con un efecto distorsionado no menos original que el de los autores franceses estudiados por madame Duchemin.

En suma, nos hallamos ante un estudio que se lee muy agradablemente, y que aporta cosas de verdadero interés tanto sobre la creación del mito como sobre sus múltiples y profundos desarrollos.

F. R. ABRADOS

IV. RESEÑAS BREVES

AMELOTTI, M., y ZINGALE MIGLIARDI, LIVIA.—*Papiri dell'Università di Genova (PUG)* I. Milán, Giuffrè, 1974, XI + 123 pp. y 31 láminas.

Aunque estos cincuenta papiros hayan sido ya publicados separadamente, se presentan aquí reunidos, como primer volumen de los Papiros de la Universidad de Génova (PUG), tras cuidadosa revisión, que ha permitido mejorar en algunos casos su lectura. Los tres últimos, que se añaden como apéndice, se conservan en la biblioteca de la «Società Economica» de Chiavari: habían sido dados a conocer por Lombroso hace casi ochenta años, pero se ignoraba su paradero.

Los cinco papiros de carácter literario (*Salmos*, *Odisea* y *Cirropedia*) no aportan variantes de especial interés. Entre los otros documentos, todos griegos y de época romana o bizantina, podría haber sido el de mayor interés el número 10, una carta de Nerón a los alejandrinos (no un «rescripto», como aparecía calificado en la primera edición de *Hommages Renard II*, p. 718 = SB. 10615), pero su contenido no es adivinable por la escasez de los restos conservados; su importancia puede deducirse, sin embargo, del hecho de haberse ordenado su publicación en el ágora de Alejandría. Los documentos contractuales más interesantes son los de época tardía; así, dos (núms. 20 y 21) contratos similares de sociedad a medias para un negocio de transporte, de época constantiniana; un acuerdo

de compromiso, probablemente de la misma época (núm. 23); un mandato judicial de comparecencia, del siglo VI (núm. 34); sobre todo, un documento del 543 del tipo ya conocido de venta de vino «a entregar» mediante pago anticipado de una cantidad como «precio» del mismo (τῆς... τιμῆς οἴνου), es decir, no ya como préstamo al vendedor (cf. Pringsheim, *The Greek Law of Sale*, p. 282). El número 15 (mediados del siglo II d. C.) es una lista de fármacos.

A los índices habituales siguen una láminas excelentes.

A. D'ORS

ARANGIO-RUIZ, VINCENZO.—*Studi epigrafici e papirologici*. Napoli, Giannini, 1974, XX + 724 pp.

Arangio-Ruiz fue uno de los grandes romanistas italianos de nuestro siglo, de esa pléyade de grandes figuras que parece haber dejado un vacío científico irreparable. En este volumen aparecen reunidos, por el inteligente cuidado de Lucio Bove, sus estudios menores sobre textos epigráficos y papirologógicos, a modo de nueva y más amplia colección de «Parerga». Todos los textos estudiados en estos distintos artículos, a lo largo de muchos años, interesan de algún modo a las instituciones jurídicas, pero esta reunión de los mismos hará de este libro un instrumento de trabajo que no puede faltar en ninguna biblioteca de antigüedad clásica.

El dominio y la perspicacia de Arangio-Ruiz en la interpretación de este tipo de textos, especialmente para vencer las dificultades que presentan los escritos en tablillas enceradas, son sobradamente conocidos, pero el lector puede gustar ahora, en este conjunto impresionante, el placer intelectual que proporcionan las pequeñas joyas de erudición, y ésta no es la lección menor que nos puede dar un gran maestro.

A. D'ORS

KLEBERG, TÖNNES.—*Catalogus Codicum Graecorum et Latinorum Bibliothecae Universitatis Gothoburgensis*. Editio secunda, aucta et correctior. Bibliotheca Universitatis Gothoburgensis. Gothoburgi 1974, 75 pp.

Este pequeño catálogo de códices griegos y latinos contiene la descripción de treinta y nueve manuscritos, cuatro griegos y los restantes latinos. Para facilidad del lector se ha adoptado la lengua latina. Las descripciones son prolijas y detalladas, quedando catalogado hasta el menor fragmento que se identifica con la edición más moderna, de modo que no deja nada que desear para un codicólogo actual. A los que estamos acostumbrados a seguir las *leges* de la Biblioteca Vaticana, que se han aceptado, en general, por todas las más importantes bibliotecas europeas, nos extraña el sistema que ha seguido este autor, ya que hubiera

sido más sencillo y asequible al lector, acostumbrado a las normas vaticanas, aceptar y poner en práctica el paradigma de los codicólogos citados. De aquí que nos sorprenda la dislocación del orden de la descripción externa.

Pasado por alto este pequeño desacuerdo, no encontramos apenas ningún reparo que alegar, ya que es una catalogación científica, en la que se identifican sus textos y se dan todos los detalles de catalogación que se exigen hoy día en los tratados de codicología. A esto ha contribuido el pequeño número de códices y el tratarse de una segunda edición corregida y aumentada. Los textos que encierran estos códices son muy diversos, pues algunos son autores clásicos, otros medievales, y, sobre todo, campean los eclesiásticos. Complementan al catálogo siete índices y ocho láminas.

GREGORIO DE ANDRÉS